

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. JOSÉ JORDÁN DE URRÍES Y AZARA

EL DÍA 25 DE FEBRERO DE 1912



BARCELONA

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

Calle de Montalegre, número 5

1912

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. JOSÉ JORDÁN DE URRÍES Y AZARA

EL DÍA 25 DE FEBRERO DE 1912



BARCELONA

IMPRESA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD

Calle de Montalegre, número 5

1912

RUBÍO Y ORS COMO POETA CASTELLANO

Señores Académicos:

Si cualquiera que es admitido en esta ilustre Academia, que á tantos y tan sabios maestros ha tenido en su seno y con tantos cuenta todavía, debe tenerlo por *altísima honra*, mucho más ha de creerlo así quien, nacido fuera de Cataluña, aunque en región con Cataluña tan unida por la historia como es Aragón, se ve sorprendido, pocos años después de haber fijado aquí su residencia, con el nombramiento de académico de número, siendo sus merecimientos literarios escasísimos y su labor científica desconocida y sin importancia. Sean, pues, mis primeras palabras en este acto la expresión de mi gratitud sincera á todos vosotros y de un modo especial á los que tuvisteis la bondad de proponer mi nombre á la Corporación. Tened todos la seguridad de que si he venido aquí sin verdaderos méritos, forzosamente habré de procurar contraerlos en lo sucesivo, pues el ejemplo alienta y la compañía vuestra ha de ser para mí poderosísimo estímulo.

*
* *

Mayormente salta á mi vista la desproporción entre mis menguados méritos y el galardón que aquí recibo cuando considero que voy á ocupar el sitio que perteneció á aquel preclaro catalán, admirable así por su ciencia como por sus virtudes, que se

llamó D. Joaquín Rubió y Ors. ¡Cuánto va de él á mí! ¡Qué pérdida tan grande tuvisteis con su muerte y cuán imposible me ha de ser el pretender llenar, aunque sólo sea en algo, el vacío que aquí dejó! Aquel hombre insigne, legítima gloria de la patria, y que para bien de ésta supo transmitir á su familia el sagrado fuego del amor á las letras, que tienen desde hace tiempo en su hijo el más celoso y afortunado cultivador, como tal vez lo tengan mañana en alguno de los nietos, fué, y lo digo ante todo pues me dirijo á vosotros, señores Académicos, el más genuino representante de esta Academia de Buenas Letras, ya que perteneció á la misma durante más de medio siglo y fué su Presidente más de veinte años. Su dilatada vida, que se prolongó hasta morir ya octogenario, y una actividad infatigable le permitieron mostrarse como verdadero polígrafo, que produjo, durante más de sesenta años, larga serie de diversísimas obras, cuyo número pasa de ochenta (1), varias de las cuales han alcanzado diferentes ediciones y alguna más de treinta; pero entre los múltiples aspectos que presenta el conjunto de las obras, entre los distintos que la personalidad de Rubió nos ofrece para su estudio, tres han sido reconocidos siempre como los más importantes: el de poeta, el de historiador y el de apologista católico.

Como poeta catalán, Rubió y Ors es sumamente conocido: su *Gayter del Llobregat* es la obra que más relieve da á su personalidad. Este aspecto suyo ha sido perfectamente estudiado, no sólo en lengua catalana por el insigne Verdaguer, en trabajo leído ante esta Academia, y por el mismo hijo de Rubió y Ors, que extensamente trata de él en el último tomo de la edición poliglota de aquella colección poética, sino también en lengua castellana por Menéndez Pelayo, quien, con su maestría incomparable, aquilata los méritos del autor y explica lo que éste significa en el Renacimiento de la Literatura Catalana. Fuera de la *oda* de Aribáu y de alguna otra cosa de escasa importancia, el *Gayter* es lo primero que nos ofrece ese Renacimiento (independiente del provenzal y aun anterior á él, como el mismo Rubió probó) (2), y desde luego es la primera colección de poesías serias que vino á producir ese remozamiento de la musa catalana.

(1) La bibliografía completa del Sr. Rubió y Ors la publicó su hijo D. Antonio Rubió y Lluch como apéndice al *Recort Necrològich* que á la memòria de aquél leyó en esta Academia el poeta Verdaguer. Véase: «*Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Sesión Pública Inaugural celebrada el día 12 de enero de 1902*».

(2) *Breve reseña del actual renacimiento de la lengua y literatura catalanas*. 1877.

A pesar del amor á lo antiguo que supone el hecho de volver á usar el catalán, la obra de Rubió nada tiene de imitación antigua, nada de arcaica: su esencia es precisamente el modernismo. Si á alguien imita, es á los poetas románticos que más influyeron en el autor, como Víctor Hugo entre los franceses y Zorrilla entre los castellanos; y si alguna vez, verbigracia en los epígrafes del *Gayter*, se nota recuerdo de los antiguos vates provenzales, eso sólo prueba que la vasta cultura de Rubió, que le hizo apto para reunir y publicar antiguas poesías catalanas (1), se extendió también al conocimiento de la poesía provenzal, pero de ningún modo que ni una ni otra influyesen en la esencia de su propia poesía. Precisamente, lo que del *Gayter* puede decirse, si se le compara con la poesía catalana posterior, es que su catalán es muy poco castizo porque está muy castellanizado, (contra lo que opinaban entonces algunos), como era natural que sucediese, ya que principio quieren las cosas, y no era posible que el primer poeta llegase á lo que llegan poetas y prosistas actuales. De modo que aun quienes con más entusiasmo defiendan la depuración del catalán y menos quieran admitir la evolución que experimentó al contacto con el castellano, como ha sucedido á todas las lenguas en su comercio con las demás, no pueden juzgar como defecto de Rubió y Ors lo que la época llevaba consigo, y lo que acaso, como nota su hijo, contribuyó más á la popularidad del *Gayter*, y por ende al progreso de la misma poesía catalana, ya que con esa condición de lenguaje castellanizado podían ser aquellos primeros versos catalanes más asequibles á la multitud, que no sabía leer sino como entonces hablaba. Creo yo, y permitidme, Señores, que un forastero os lo diga, que los méritos de Rubió y Ors como poeta catalán, iniciador de la literatura catalana, hoy tan pujante, son mayores de lo que algunos piensan, y que la actual generación, tan entusiasta de su lengua, no será justa con aquel primer campeón que salió al palenque del catalanismo literario mientras no eleve un monumento digno á quien hizo posible que viniera luego la poesía de Verdaguer y de Guimerá.

Si os digo esto es porque tengo que confesar á la vez que los catedráticos de la Universidad de Barcelona no pagaremos una deuda análoga que tenemos con el Dr. Rubió y Ors hasta que

(1) *Collecció de obras antigas catalanas escullidas entre las de nostres millors poetas*, por J. M. de G. y J. R. O. *Obras poéticas de Pere Serafi*. Barcelona, 1810.

pongamos su busto al lado del que tenemos de Milá, pues si Rubió, como poeta catalán, es una gloria de Cataluña, el Dr. Rubió, como profesor, lo es también de nuestra querida Universidad. En ella, y durante época gloriosa por los maestros y por los alumnos, pues entre los primeros se contaba Milá y entre los segundos Menéndez Pelayo, explicó largos años, desde que vino de Valladolid, y en ella ocupó durante algún tiempo el Rectorado. Su cátedra oficial aquí fué la de Historia, y aunque otros estudios, como los de literatura, le fueron en su juventud más gratos, á la historia se dedicó con ardor para cumplir sus deberes oficiales, y como alma que era tan dispuesta para el estudio, bien pronto hizo de sus nuevas tareas su campo favorito y se tornó verdadero historiador. No hay más que ver la colección de libros que constituyó su biblioteca, y que con cariño guarda su hijo, para convencerse de lo que trabajó en historia, ya que se ven allí reunidos los más importantes materiales que para su cultivo ofrecía la época. También Rubió como historiador está juzgado detenidamente (1), y no he de decir aquí mal lo que otros han dicho mejor. El *Epítome Programa de Historia Universal*, en tres volúmenes, y las *Lecciones Elementales de Historia Universal*, en uno, son las obras más señaladas que dedicó á la historia como profesor oficial, y en las cuales es de admirar, en primer término, el trabajo sintético, el modo de concebir la historia con unidad; pero otros trabajos de investigación produjo además su pluma, en los que demostró haber penetrado de modo preferente, ya en el conocimiento de la Edad Media, como en *Brunequilda ó la sociedad franco-galo-romana en la segunda mitad del siglo VI*, y en las *Consideraciones histórico-críticas acerca del origen de la independencia del Condado catalán*, ya también en los problemas relativos á los más remotos tiempos, cual en los titulados *La Prehistoria; Breves observaciones sobre su cronología y sus descubrimientos*, y *El hombre. Origen, antigüedad y unidad de la especie humana según la revelación, la ciencia y la historia*.

Rubió Ors, como poeta catalán, no pudo ser sino excepcionalmente conocido fuera de Cataluña. Recuérdese como hasta Milá, con su grandeza como crítico y escribiendo en castellano, no era conocido de tan estudioso y erudito escritor como Valera, y se comprenderá aquello sin dificultad. De su aspecto

(1) Véase, por ejemplo, el discurso del Dr. Párpal: *Rubió y Ors historiador*. Barcelona, 1899.

de historiador, se sabía que era un excelente catedrático de Historia, pero quienes no oían sus lecciones no pasaban de ahí. En cambio, si ni como poeta catalán ni como historiador era conocido en su tiempo fuera de Cataluña, como apologista católico era, no sólo conocido, sino celebrado en toda España. Yo mismo, en mi país, por escritor católico lo tenía cuando ignoraba aún que hubiese compuesto versos y explicase historia. Y es que por aquel tiempo floreció aquí, como ha probado el Dr. Rubió y Lluch recientemente (1), una verdadera escuela de apologistas católicos, y como entre ellos se destacaba Rubió, tuvo que ser notado su nombre en toda la Península, ya que en toda ella interesaban por igual las cuestiones que esa escuela defendía tan brillantemente.

Han cambiado los tiempos desde entonces, y aunque la lucha religiosa sigue, se realiza más en el terreno de la acción que en el del pensamiento; más bien se organizan los distintos bandos en la esfera práctica que se combaten en la teórica. Pensaron por aquellos días los partidarios del libre pensamiento que el adelanto de las ciencias positivas iba a matar la fe porque sus descubrimientos se opondrían a ésta. Hoy las ciencias han progresado mucho más, los descubrimientos se han multiplicado, y, a pesar de eso, se sigue creyendo; y hasta la misma filosofía no católica, en lugar de oponerse a las creencias, se tiene que confesar, por boca del Dr. Federico Paulsen, lazo de unión entre el conocimiento científico y la fe religiosa (2). Por eso cierto género de discusiones ha caído hoy en desuso y sólo excepcionalmente tienen importancia. Pero entonces la tenían de ordinario grandísima, y los intelectuales de uno y otro lado se veían obligados a salir de sus respectivas especialidades y batirse por lo que a todos interesaba. Por eso Rubió y Ors, ferviente católico y aun piadoso devoto, se dedicó a la apologética con entusiasmo, como verdadero cruzado de la idea católica, y como que estaba pertrechado con las armas de la historia, que son de las principales, logró señaladísimos triunfos. Su obra más importante, y la más extendida de todas las de esta clase, es la titulada *Los supuestos conflictos entre la Religión y la Ciencia*, premiada por la

(1) En la *Memoria* presentada para el Centenario de Balmes, y aun después en un trabajo leído en el Comité de Defensa Social y publicado en la «Gaceta de Cataluña».

(2) «Von hier aus wächst nun der Philosophie eine letzte Aufgabe zu: die Vermittlung zwischen dem Wissen und dem Glauben.» Véase su estudio *Die Zukunftsaufgabe der Philosophie* en la obra *Systematische Philosophie*. Berlin und Leipzig, 1903, pág. 417.

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, obra en que rebatió la conocida de Draper, siguiendo paso á paso sus afirmaciones y refutándolas, y revelando al hacerlo, no sólo erudición copiosa, sino calor oratorio, hijo de la santa indignación que á aquel hombre sincero producian las afirmaciones del escritor americano; pero fueron además muchas otras las que dió á luz durante su larga vida literaria y científica, ya originales, ya traducidas, ya por él seleccionadas, así en la *Biblioteca Católica* como en la *Biblioteca Popular*. Buena prueba de como Rubió, siguiendo los dictados de su conciencia, á la apología del catolicismo aportaba cuanto por sus estudios y por sus cargos valía, es que las dos oraciones inaugurales, que leyó respectivamente en las Universidades de Valladolid (1) y Barcelona (2), las consagró á estos asuntos. El tema de la primera era éste: *Los humanos conocimientos han de tender á robustecer las enseñanzas del cristianismo*. El de la segunda decía así: *Necesidad de que las Universidades, manteniéndose católicas, sean en España las principales encargadas de impedir que el error se derrame por nuestro suelo*. Si el intelectualismo español es católico, si en Academias y Universidades predominamos los que pensamos cristianamente, á hombres como Rubió y Ors es en buena parte debido. Sin ellos, tal vez el intelectualismo español sería ahora como parece que es el portugués.

Nada nuevo os he dicho hasta aquí; ninguna idea original he podido comunicaros sobre los tres aspectos de Rubió en que me he detenido, ya porque los tres están estudiados por otros á conciencia, ya porque hablo ante quienes mejor que yo seguramente los conocen. En cambio, voy ahora á ofrecer á vuestra consideración un nuevo aspecto de mi antecesor totalmente desconocido, que en verdad puede llamarse virgen: voy á hablaros de *Rubió y Ors como poeta castellano*, haciendo de ello el tema del presente discurso. Me mueve á obrar así, no sólo el que debiendo versar mi trabajo sobre un punto referente á la historia de Cataluña, cuyo fomento persigue esta Academia, y siendo además mi gusto consagrar unas páginas á un escritor catalán, puedo parecer menos incompetente al tratar de poesías escritas en la lengua de Lope que al intentar seguir otra senda para mí más erizada de dificultades, sino el que á mi amistad con el doctor

(1) 1848.

(2) 1860.

Rubió y Lluch, que guarda como preciado tesoro los papeles de su ilustre padre, debo el haber podido estudiar ese interesante aspecto mejor que nadie hasta el presente. Las reflexiones que sobre él voy á hacer y la bibliografía completa de las poesías castellanas del autor, que incluyo como apéndice, serán así la única ofrenda con que puedo contribuir, aunque sea escasamente, á honrar la memoria de tan benemérito varón.

De Rubió y Ors «apenas se conocen versos castellanos», dice Menéndez Pelayo; y en el diario *La Nación*, de Bogotá, al publicarse allí la composición titulada *La Nave de la Iglesia*, se afirmaba también que su autor «compuso poco en castellano». Que no se conocen los versos castellanos de Rubió es muy cierto, pues ya he dado á entender que en su mayoría sólo los guarda su hijo; pero que compuso pocos no lo es. Cierto que quien haya leído sus libros sólo habrá encontrado una docena de poesías, cortas y sin pretensiones, en *El Libro de las Niñas*, tan divulgado; que quien haya hojeado la bibliografía general de sus obras sabrá, además, que escribió cuatro ensayos dramáticos y que publicó en sendos folletos dos poesías de circunstancias; pero yo puedo asegurar que, aun prescindiendo de todas estas cosas, las restantes poesías en verso castellano debidas á Rubió y Ors, que he leído y que son en gran parte desconocidas, pasan de ochenta, número bastante considerable. De ellas una tercera parte fueron publicadas, pero únicamente en diarios, revistas ó pliegos sueltos, y las dos restantes sólo se conservan en manuscrito, ya en un lindo tomito titulado *Primeros Ensayos Poéticos*, Barcelona, 1838, citado en la bibliografía general, ya sueltas y formando un legajo, que pretendió dividir su autor (aunque aparece hoy muy barajado) en poesías de *ant año* y de *ogaño*, siendo la que lleva fecha más moderna entre aquéllas del año 1848, y la que la tiene más antigua entre éstas de 1860, y deduciéndose por consiguiente que el regreso de Valladolid, en 1858, debía marcar la división que Rubió pretendió trazar de sus poesías (1). Están fe-

(1) El legajo á que me refiero y que conserva el Dr. Rubió y Lluch, contiene, además, algunas poesías catalanas manuscritas, que deben ser poco ó nada conocidas.

Tan valiosa colección va unida con unos curiosos *Planes de poesías castellanas* que deben referirse al último período del poeta y pueden dar idea de sus procedimientos para componer. Copiaré aquí uno. «Fe. El ciego que guía á otro. Tal es la marcha de la civilización sin la luz de la revelación. Asunto para una poesía. La luz de la razón comparada á la luz física, producida por el hombre, cuyo horizonte es limitado. La de la revelación comparada á la del sol, que aun reflejada por un astro menor que la tierra, puede alumbrarla en sus noches. Una imitación de los salmos cantando las excelencias de la fe y pidiendo á Dios que no permita que se apague en nosotros esa luz sobrenatural».

chadas dos terceras partes de todas ellas, y por sus respectivos asuntos puede calcularse con aproximación (como pretendo hacer en la lista cronológica del apéndice) la fecha de casi todas las demás, lo que puede facilitar su examen crítico; y gracias á eso sabemos que desde el año 1837 en que compuso las más antiguas, hasta 1895 en que su patriotismo y su espíritu cristiano se expresaron por última vez en verso con motivo de la pérdida del crucero *Reina Regente*, nos ofrece Rubió cincuenta y ocho años de vida como poeta castellano.

Menos de la mitad de las composiciones son de asunto libre, pues domina el número de las que fueron hechas por encargo, así para solemnizar acontecimientos, cual la venida de las soberanas, como para ser puestas en albums, para epitafios, etc., etc. No es esto lo malo, pues todo poeta que se inspire en algo que se le encarga puede hacer obra verdaderamente artística, y bien podía Rubió inspirarse en la beldad poseedora de un álbum sin parar mientes en el galán ó en la amiga que le hacía el encargo. Lo peor es que en ocasiones los asuntos no eran para inspirar á nadie, pues no basta el mayor entusiasmo dinástico para poder celebrar con verdadera poesía ciertos augurios del nacimiento de un príncipe (1), y no parece que de un docto estudio como Rubió y Ors pudiesen brotar versos apropiados para ser leídos á una reina en un cuartel de caballería por algún bravo oficial ó por el propio bizarro coronel, sin duda desafecto á las Musas (2). Era aquel un período en que se prodigaban los versos, que constituían la indispensable salutación á toda clase de personajes. Hoy, en circunstancias análogas, nos basta con discursos, y aun nos parece que huelgan no pocos de los que escuchamos.

Que el valor de esas poesías de encargo no puede ser grande y que distan mucho de las que espontáneamente compuso, se ha de comprender con facilidad; y sin embargo, Rubió, en algunas de aquéllas, tiene momentos verdaderamente felices. Así, por ejemplo, una de las varias que dedicó á la Reina Gobernadora Doña María Cristina, por quien sentía el autor ferviente entusiasmo, termina así, refiriéndose á Barcelona:

(1) *Himno* cantado en el Liceo Artístico Literario de Valladolid por su sección de música, la noche del 1.º de marzo de 1850, en celebridad del estado interesante de S. M. la Reina Doña Isabel II.

(2) *A S. M. Doña Isabel II de Borbón* el regimiento de caballería de Villaviciosa, con motivo de haberse dignado visitar su cuartel.

¡Que no pueda, cual pudo otros días,
Ofrecer á tus pies cien naciones,
Y cien flotas y altivos campeones,
Y el pendón de los mares terror!
Nada de ello, Señora, le queda:
Perdió flotas, pendones y leyes;
Mas le queda el amor á sus reyes,
Y Barcino te ofrece este amor.

Es curioso fijarse en que Rubió, no sólo escribió en castellano, sino en castellano antiguo, y esto más de una vez, empresa propia de quien había publicado el *Poema del Cid* cuando eran contados los castellanos que lo conocían (1). Precisamente, dos de las composiciones que dedicó á Doña Isabel II (aparte de alguna otra) están en ese lenguaje: una, la que el año 1840 se leyó en el Teatro Principal de Barcelona con motivo del Santo de la Soberana, que principia así:

A vos, la hermosa niña,
Que sceptro de oro empuñades,
Non tanto para ser regna
Como d'España ser madre, etc.

en que la imitación del romancero salta á la vista; y otra, la *trova* fechada en Valladolid á 28 de febrero de 1850 y publicada en *El Bien Público*, que recuerda ciertos conocidos versos de Moratín. Comienza de esta manera:

A vos la que en trono é d'oro é d'argent
En buen regimiento guardades Castiella,
La regna acusiosa, la á quien solo en vella
Solaz falla é dicha d'Espanna la gent:
A vos que loaron cien vates et cient
En trova sotile, siquier falagosa,
Magüer mi omildanza, ca sois tan franosa
De farvos loada cobdicia me vien.

Este gusto en imitar á otros poetas es muy general en Rubió como estudioso literato que era, y en las poesías castellanas, tanto ó más que en las catalanas, se nota esa costumbre, pues

(1) *Tesoro de Romanceros y Cancioneros Españoles*, históricos, caballerescos, moriscos y otros, recogidos y ordenados por D. Eugenio de Ochoa y adicionado con el *Poema del Cid* y otros varios romances por J. R. Barcelona, 1840.

no sólo se ve en el fondo, sino en la misma forma métrica de la composición; y con frecuencia ocurre que, ó al imitar á determinados poetas siga su metro, ó al usar un metro vaya en pos de algún poeta que lo usó con éxito, no siendo raro que lo uno se junte con lo otro y adopte el metro por el poeta y el poeta por el metro. Así, por ejemplo, al dedicar á Zorrilla, que es uno de los autores que más influyeron en él, una composición con motivo de la llegada á Barcelona del célebre vate en abril de 1868, exclama así, en alejandrinos que recuerdan los de la célebre *Tempestad*:

Pues qué hados venturosos en hora asaz placenta
Trajéronte á estas playas sus auras á aspirar,
Tú á cuyos versos dieron los bosques armonías,
Fuego y calor los astros, sublimidad el mar;
Trovador de las bellas, bardo de las montañas,
De místicas leyendas y lides narrador,
De éstos que aquí llegaron la bienvenida á darte
Recibe los saludos: saludos son de amor.

Y todavía escribe estos cuatro versos que recuerdan aún más cómo sigue el autor á su modelo:

Y si inspiración buscas, te la dará su cielo,
Si amor, sus bellas niñas del Ter y el Llobregat,
Si leyendas poéticas, sus destrozadas torres,
Si misterio sus breñas, si fe su Montserrat.

Y si en todo esto se conoce la lectura de Zorrilla, no es menos patente la que revela del poeta catalán Manuel de Cabanyes en una composición, sin título ni fecha, cuyo principio, por el cual ya se comprende la imitación á que me refiero, es el siguiente:

No en anchuroso, enfurecido piélagos
Que el austro azota con sus olas húmedas
Como la arena de la Libia escarba
Bárbaro tigre
Lances, oh vate, tu barquilla frágil
Para cantar en triste lira de ébano
Los que estremecen los profundos mares
Rápidos vientos.

Como se ve en esta corta muestra, el metro, el vocabulario y las transposiciones características del autor de la *Oda á Marcio* influyeron en Rubió al escribir esta poesía.

Lo curioso del caso es que semejantes imitaciones eran en él algunas veces inconscientes; sin proponérselo, al tocar un asunto, seguía á determinado poeta que lo hubiera tratado felizmente: tanto era lo que se lo había asimilado con su lectura. Me lo sugiere esto el ver que en su poesía titulada *La Gloria*, publicada en *El Arte* en 15 de máyo de 1859, aparecen estos versos:

¿Por qué cantas, di, poeta,
Si como la hoja marchita
Que hoy en la rama palpita
Cual corazón de mujer
Para perderse mañana
Entre los pliegues del viento
Tu triste y débil acento
Se ha de exhalar y perder?

siguiendo más adelante:

¿Qué me importa que mis trovas
Aplauda, ó no, un pueblo inmenso?
Yo canto como el incienso
Eleva al cielo su olor;
Canto como canta el cisne,
Cual vuela el ave ó la nube,
Cual la llama al cielo sube,
Cual da perfumes la flor.
Canto porque el alma siente
Necesidad de exhalar
Como la ola de agitarse,
Cual las auras de gemir;
Y así son mis cantos preces
O ayes de dolor y calma
Según necesita el alma
Orar, llorar ó reir;

y ver luego que el manuscrito de la misma, fechado en Cornellá, en septiembre de 1845, lleva al final esta curiosa advertencia:

«Lamartine, en su oda *Le Poète mourant*, tiene los siguientes versos que no recordaba, si es que los había leído antes, al componer esta poesía:

*Mais pourquoi chantes tu? — Demande à Philomèle
Pourquoi durant les nuits sa douce voix se mêle
Au doux bruit des ruisseaux sous l'ombre roulant.*

*Je chantais, mes amis, comme l'homme respire,
Comme l'oiseau gémit, comme le vent soupire,
Comme l'eau murmure en coulant.»*

Rubió era tan sincero que hay que creer lo que aquí asegura, pero pienso que con eso mismo se prueba la influencia que inconscientemente ejercían en él sus poetas predilectos.

En cuanto á metros, Rubió los tiene variadísimos; pero, por regla general, no es muy dado á los que usaron los clásicos de la literatura castellana de los siglos de oro. No recuerdo sino una sola composición suya escrita en la clásica estrofa lírica de cinco versos llanos, tres de siete y dos de once sílabas. Esto, que en otro poeta romántico no tendría nada de extraño, sino que sería lo natural, parece tenerlo en un literato de carrera, en un profesor, ya que la educación académica por aquellos tiempos solía aun ser esencialmente clásica, y es lógico pensar que quien se formase en las aulas, aunque se dejase arrastrar por la corriente romántica, conservase ciertos detalles que revelasen aquella educación; pero justamente se explica ese proceder en Rubió, porque él careció de disciplina académica; llegó, por decirlo así, á ser profesor sin haber sido alumno, fué un autodidacto, y por esa razón, en las formas de su poesía, como en todo lo demás, seguía los impulsos de su propio gusto, y fué romántico hasta en ese detalle de la variedad de metros.

Los asuntos de las poesías de Rubió son variadísimos, como era forzoso que aconteciese habiendo sido hechas por encargo la mayor parte de las mismas. Aun en las de asunto libre, se advierten temas muy diversos; pero si alguna cuerda pulsó siempre su lira, fué la religiosa: esa no la abandonó. En 1837 vibró ya en la composición titulada *Ave María*, y en 1891 se dejó todavía sentir en la relativa á Julianio el Apóstata.

Como, según he manifestado, la mayor parte de las poesías de Rubió están fechadas, conviene recorrerlas cronológicamente al citar las más importantes, y de ese modo conoceremos mejor la evolución de su vida poética.

Ya he dicho que las poesías más antiguas que de él se guardan son las que forman el tomito de 1838 y que están fechadas en este año y en el anterior (1). Esta colección juvenil del autor es

(1) No obstante, se conserva un índice de composiciones suyas según el cual produjo y hasta publicó algunas otras desde 1835. Tengo entendido que desde 1836 publicó versos y prosa poética en los periódicos *El Vapor* y *Guardia Nacional*.

tal vez lo más interesante de todos sus versos castellanos, porque todas las obras que la forman son libres, ninguna fué debida á encargo, y así revelan mejor que muchas otras su propia cuerda, sus personales predilecciones. Sin duda que contienen estas poesías, escritas antes de los veinte años, no pocas inexperiencias, no sólo en el sentido general de esta palabra, sino hasta en el particular de escasez de destreza poética, no faltando en ellas versos flojos y pasajes deficientes; pero tienen lozanía, revelan imaginación y abundan en epítetos y símiles que les prestan innegable plasticidad. La mayor parte están inspiradas en poetas extranjeros románticos, que sin duda constituyeron las primeras lecturas de Rubió, y aun hay, entre ellas, una traducción de Víctor Hugo. Todas constan de diversas partes ó distintos cantos, que de ordinario difieren así en valor como en metro. Las diferentes combinaciones métricas que ostentan no alcanzan tampoco igual perfección, siendo más felices, en conjunto, las estrofas de versos largos y cortos terminados en palabra aguda, que fueron entonces las favoritas del novel trovador.

En el *Canto de Boda, A mi hermano*, me parece lo mejor el principio, en que se traza con parquedad y acierto el cuadro de la ceremonia:

Arden los cirios ya, y su llama riela
En el luciente altar, do el oro brilla,
Estrellas mil de luz,
Y el humo embalsamando la capilla
En mágico cendal envuelve y vela
Su venerada cruz.
Y en los nevados brazos de la hermosa,
Cual sello de amor mutuo, resplandece
La joya virginal;
Y en sus mejillas de encendida rosa,
Cual céfiro en la flor, dulce se mece
Sonrisa angelical.
Y en torno del ministro del Eterno
Bate el querub de amor sus grandes alas
De azur y de rubí,
Y sobre de ella y el amante tierno,
Con su aliento de gloria, gracia exhala
Y paz de Adonái.

En el *Ave Maria*, inspirada en Lord Byron, tiene algunos pasajes felices, verbigracia:

Aquella hora del día encantadora
En que es el universo una armonía,
Un salmo, una oración,
Y una nave de plata el firmamento,
Do se engasta la estrella de María
Qual bello rosetón.

Que es una la escalera, uno el camino
Que lleva al hombre á la celeste Sión,
Inmenso, reluciente, cristalino,
De melodías lleno: la oración!!

El conjunto de la poesía titulada *El Verdugo*, eminentemente romántica, acaso no satisfaga; pero la canción que entona el protagonista tiene positivas bellezas. Ved una parte:

Será de sangre mi estrella,
O allá en su libro divino
Escribió Dios mi destino
Con la baba de un reptil?
O respiré allá en mi cuna
El aliento emponzoñado
De algún insecto arrojado
Sobre mi rostro infantil?

Maldito, maldito el día
En que fuera concebido,
En que este sol maldecido
Su para mí negra luz
Esparció sobre mi llanto!
Porque en vano ruego al cielo,
Porque en vano algún consuelo
Pido al que murió en la cruz.

Entre la turba perdido
Que me mira, me escarnece,
Y que cruel me aborrece
Sin comprender mi dolor,
Ajado, sin esperanza,
Aquí en mi pecho un vacío,
No hallo un corazón do el mío
Se reclina con amor.

Ingrato, bárbaro mundo!

Oh si pudiese vengarme!
Si pudiese desquitarme
De tu cruel proceder,
Aunque hubiese un solo cuello
La humanidad toda entera,
Mi segur sobre él cayera,
Vive Dios, y con placer!

Esta es mi historia! (fragmentos) y *Rogad por ellos!* son dos poesías en que se canta uno de los asuntos favoritos de la musa romántica: la muerte. Sin ser de lo más sobresalientes, tuvo su autor en una y en otra momentos afortunados. Así, verbigracia, estos versos de la primera:

Que el hoy de nuestra existencia
Sobre ruinas del pasado
Es como un puente colgado
Sobre un abismo sin luz:
Delante nosotros nieblas,
Detrás recuerdos, la nada!
Y en el fondo, entre tinieblas,
Velada una negra cruz.

Y en la segunda, de profundo sentimiento religioso, estos otros:

Que el llanto derramado sobre un muerto
Es cual lluvia que riega el ancho mar,
Cual rocío que cae en el desierto
Que se empapa en la arena sin brillar.

O este final de un pasaje en que se hace notar la superioridad de la plegaria sobre el inútil llanto:

Que hasta el fétido cadáver
Tal vez sonríe en su tumba
Cuando dentro de ella zumba
La ardiente preza de un mortal;
Tal vez se desprende hedionda
De sus ojos sin pupila
Una lágrima tranquila
Con su sonrisa glacial.

Las poesías tituladas *A Palmira* y *La Esfinje* son de otra cuerda, también, como todas las que entonces pulsó Rubió, muy de los días del romanticismo: son poesías arqueológicas. La mejor

es la primera, que fué publicada en el mismo año de 1838 en que se compuso. Pretende Rubió en ella hacer derroche de sabor poético oriental y pone á contribución todo el caudal que sus lecturas de Oriente le habían proporcionado. Véase, como nuestra, este trozo que me parece de lo más acertado de todo:

Yo te adoro, oh Tadmor, porque eres grande,
Porque hay palmeras mil que te dan sombra,
Porque hay bajo tus plantas por alfombra
Un inmenso arenal.
Te adoro como adoro á las pirámides,
Como á Babel adoro la altanera,
A Nínive la impía, á la palmera,
A cuanto hay colosal.

No me parecen tan dignas de mención la poesía *Al Ángel Custodio* y otra sin título que le sigue. En *Votos de un trovador* vuelve á sonar la cuerda de la muerte y de la tumba. Termina así esta composición:

Una tumba olvidada,
Una piedra musgosa sólo anhelo,
Donde brille grabada
Tosca lira que al suelo
Recuerde que un poeta duerme allí.
O en gótica capilla
Pequeño nicho oculto allá en la sombra,
Do, puesta una rodilla
En la pintada alfombra,
Quizá un amigo rogará por mí.

La balada titulada *Laura y Rogerio*, que es lo último del tomito si se exceptúa una traducción de *El Hada y la Perla* de Víctor Hugo, es, en conjunto, una de las poesías de Rubió en esta época que juzgo más completas. Voy á leer entera la segunda parte de la *trova* que se supone que un vate canta á su dama, ya que hasta aquí sólo habéis oído fragmentos de las poesías anteriores:

En eso, negro fantasma
Allá en las sombras cruzó,
Que hiciera erizar de espanto
Las crines del su trotón.
Persignése Don Rogerio
Y de su daga besó

La cruz, que no teme á brujas
El que cree y teme á Dios.
«Caballero en cuyo escudo
Campea de plata un sol,
Que á Dios tienes dada el alma
Y á Laura el tu corazón,
Si reconocéis la seña,
No paséis delante, no,
Que harto lista anda la muerte
Para ir á buscarla vos.
Que en torno de Laura velan
Los celos y la traición,
Y es fama de que no siempre
Vence á traidores amor».
«Dejad, fantasma, á mi jaca,
Libre el paso, vive Dios,
Que no para oír consejos
Que nadie os demanda estoy;
Que para vencer los celos
Me dará Laura valor
Y tengo un acero al lado
Por luchar por ella y Dios».
Esto dijo Don Rogerio
Espoleando su trotón
Y la fantasma en la sombra
Murmurando se perdió.

Tras ese período juvenil de las poesías castellanas de Rubió, viene otro, que se extiende sobre todo de 1840 á 1845, hasta poco antes de la marcha del autor á Valladolid. Es fecundo este segundo período, que corresponde á la primera edición del *Gayter* (1841); pero ofrece contraste grandísimo con el primero que hemos examinado. Ya no es Rubió en él un joven que sólo por propio impulso compone poesías. En Barcelona se ha sabido que es poeta, que compone versos, y sobre él llueven encargos en abundancia, ya para solemnizar venidas de la Soberana, ya para felicitar á las actrices distinguidas, como poeta oficial de teatro, ya para albums de señoritas, tan en moda entonces, ya para epitafios, etc. Son las obras de encargo á que al principio me referí, de las cuales se conservan más de veinte como pertenecientes á este período. Sin contar las que dedicó á las Reinas, impresas en pliegos sueltos, ni en especial la compuesta en octavas reales en honor de Doña María Cristina, que por su ma-

yor extensión ocupa un folleto, uno de cuyos ejemplares guardaba con cariño el autor por ser el mismo en que la leyó «ante Su Majestad» en 7 de mayo de 1844, las restantes composiciones encargadas, es decir, las dedicadas á particulares, las tenía Rubió copiadas aparte, fechadas varias de ellas y con expresión de la persona por quien le había sido encargada cada cual. Hay que confesar que la mayoría valen poco; por lo general, no debieron ser suficiente gratos estos encargos para que pudiesen encender la inspiración del poeta, y ni la actriz Srta. Palma, á pesar de los talentos que el público parece que le reconocía, ni otras varias señoritas á quienes festejó con versos Rubió y Ors, pudieron transportarle á ideales regiones. Hay algunos buenos versos, en variados metros, al lado, por cierto, de otros bastante flojos; pero no aparece en todas esas composiciones castellanas dedicadas á determinadas representaciones del bello sexo ni una sola verdaderamente buena. No debía ser esa la cuerda de Rubió, y prueba cierta de que no era el hecho del encargo, sino el asunto del mismo, lo que por lo común se hacía poco compatible con el numen del poeta, es que cuando el asunto encargado le era propicio, la composición le resultaba muy bien. Así sucedió con algunos epitafios para niños, como éste que no quiero dejar de incluir aquí pues lo tengo por la mejor de las poesías encargadas á Rubió:

Apenas probó el vaso de la vida
De él sus rosados labios desvió.
Ayl era tan amarga la bebida
Que apurarlo no pudo..... á Dios tornó.
¿Qué podía esperar aquí en el suelo
Más que llanto y pesares y dolor?
Si hay un querube más allá en el cielo,
No importa, no, que falte aquí una flor.
No lo lloréis, sus padres, si cual llama
Arde en amor de Dios la que quisisteis.
Si cual la amasteis desde el cielo os ama,
No la lloréis, ah no, no la perdisteis!

Estos momentos son excepcionales en las poesías de encargo, pero son muy frecuentes en las libres. Así, en algunas que recuerdan el primer período, como en la balada *El Angel y el Niño*, de que, si no se hubiera publicado, os leería una muestra, como también haría con la titulada *¡Jehová!*, que en el metro y en el

vocabulario revela aún esa primera época; y también, sobre todo, en *La Rosa y el Ciprés*, lindísima poesía que, aunque corta, reclama ser leída por entero para gozar de su belleza, por lo que me limito á mencionarla. Del mismo modo son frecuentes esos aciertos en obras que entran de lleno en este segundo período, completamente espontáneas, de muy subido valor sobre las encargadas, y que debieron ser sus expansiones en los días en que descansaba de sus habituales tareas, ya que aparecen fechadas fuera de Barcelona, así en Palma adonde iría de excursión, como en Cornellá, donde parece que pasaba los veranos. Entre estos solaces literarios de Rubió en tales años, me parecen lo más digno de citarse una bonita traducción de su poeta favorito Victor Hugo, la composición *A la Gloria*, ya citada antes, *La Maldición del Derví*, la canción

Pasad, pasad veloces, etc.

que debe ser de esta época media del poeta, aunque de su final, y otras de que voy á copiar parte porque son las que más me gustan.

Primero, la titulada *La Lágrima y el Suspiro*, que leería integra para que se divulgara si no la hubiese extendido ya la prensa en aquel tiempo, pero de la cual no puedo menos de leeros el delicado diálogo del final, que dice así:

- Yo ensancho el pecho que el dolor oprime.
- Yo al que los años hielan calor doy.
- Soy cual gota en la flor para quien gime.
- Voz del Señor para quien llora soy.
- Yo del rocío la frescura tengo.
- Yo del rayo del sol tengo el calor.
- Del cielo descendí.
- De allí yo vengo.
- Hermanos somos é hijos del Señor.

Después, la titulada *Meditación*, bastante desigual, pero con felices pasajes como éstos:

Las sendas que cruzamos están llenas
De flores que embalsaman el ambiente,
De cantos de sirena á cuyo arrullo
Su voz apaga el mar;
Mas ¡ay! de quien para calmar sus penas

Se para á deshojar la más riente,
Y el fatigado espíritu abre al murmullo
Del seductor cantar.

Gozar en esta vida es dar más alas
Al tiempo que la senda nos acorta;
Es dar vuelta á la aguja en el cuadrante
Que nos mide el vivir;

Es adornarse de engañosas galas,
Y así en la humana farsa, ya tan corta,
Cuanto nuestro papel fué más brillante,
Más triste sea el morir.

Y, finalmente, otra composición titulada *El Mendigo de Amor*. En mi sentir, aunque vibre aquí la cuerda amorosa, que habitualmente no suena con armonía en la lira castellana de Rubió, resulta esta poesía de lo mejor que su autor hizo y de las pocas que reflejan la lectura de poetas españoles. Su factura es excelente. Ciertó que es artificiosa, que no le sale de muy hondo; mas por eso precisamente pudo acertar Rubió con lo que de otro modo no hubiera sabido expresar en el idioma de Cervantes. El mismo poeta confiesa, en otra composición seguramente contemporánea, pues aunque no tiene fecha, bien á las claras lo revelan el papel y la letra completamente idénticos á los de aquélla, que es incompetente en amores, ó, como debemos interpretar nosotros esa idea, que sus amores no eran para sus versos castellanos ni éstos para aquéllos. Dice así, en castellano antiguo, en la poesía que comienza:

Fincaban en noche oscura, etc.:
Quien de ellos fabla verdade,
Fermosa, sábelo Dios;
Ca en amores soy novicio;
Magüer juglar á garçón;
Novicio soy en amores,
Y, ay me, con dolor lo soy,
Ca hiela mis trovas todas
El frío del corazón.

Por eso es fría la composición *El Mendigo de Amor*, por eso es poco sentida; pero como es de lo que más perfección formal tiene entre todo lo de Rubió, mi deseo sería leerla entera, y ya que eso resultaría largo, elegiré buen número de versos con su estribillo. Helos aquí:

Ay, no le cierres tu puerta
A este pobre, hermoso sol,
Que no tiene ni una frente
Do apoye su corazón.
Vivo cual la flor del valle,
Solo cual la nube voy,
Lágrimas son mi bebida
Y ayes mi alimento son.

*Por el amor de Dios, niña,
Una palabra de amor.*

La fuente me da sus aguas,
El ruiseñor su canción,
Su dulce miel las abejas
Y los claveles su olor.
Consuélanme y compadecen
La fuente, el ave y la flor,
Y, pudiéndome dar vida,
Me la negáis sólo vos.

*Por el amor de Dios, niña,
Una palabra de amor.*

Por última vez, hermosa,
O cesé tanto rigor,
O mátame con tus dardos
Yá que es un dardo tu no.
Entre tal vida y tal muerte,
Por muerte tal, niña, estoy,
Pues para mí será vida
La muerte que me deis vos.

*Por el amor de Dios, niña,
Una palabra de amor.*

A todas estas debe sumarse el poema titulado *Atila*, si, como se indica en uno de los dos manuscritos que del mismo se conservan, fué compuesto en esta época. Su conjunto, que se refiere al hecho conocido de detenerse Atila á las puertas de Roma, está bien planeado, revelando más destreza que otros anteriores análogos, pero el mérito de sus cantos es bastante diverso. El mejor es el primero, que voy á leer íntegro. Dice así:

«Pesado es vuestro sueño, hijos del Norte,
¿Qué deidad vuestros miembros enervó?

¿Cuándo vuestra hacha de afilado corte
Tanto tiempo en el cinto descansó?

Sus, mis bravos, las lacias cabelleras,
Húmedas de rocío, sacudid,
Y de sangre sedientos, como fieras,
Luchar yo os vea en la revuelta lid.

A vuestros potros, que la guerra anhelan
Cual bella el baile, doble pienso dad,
Las mazas que los muros desmantelan
En los nervudos robles ensayad.

Sus, á mí los valientes cuya lanza
Devora á cada golpe un corazón,
Los que cuelgan después de la matanza
Hecho sierra el acero en el arzón.

Sus, valientes, á mí: Dios está airado
Y soy el rayo de sus iras yo.

Azote soy del mundo consternado:

¿Quién la mano atará que Dios armó?

La tierra es mía; sus vencidos reyes
No hallan ya quien acate su poder,
Y ante mis ojos sus cobardes greyes
Huyen despavoridas por doquier.

A Roma, pues; mis flechas en su vuelo
Las águilas altivas detendrán,
Desplomadas caerán cual piedra al suelo,
Y gozarse ha en pisarlas mi alazán.

A Roma, á Roma, pues... Al Capitolio.
Id á tender mis pieles de león
En él, de sus monarcas viejo solio,
De su antiguo poder digno florón.

Yo muellemente en ellas recostado,
Holgaré en ver del fuego el resplandor,
Cual cae por las llamas devorado
Que, cual sierpes, lo ciñan en redor.

Roma es cabeza del vencido mundo,
Y en su cabeza al mundo vengaré.....
Al mundo luego, en mi desdén profundo,
Pondré como escabel bajo mi pie».

Dijo; y entrechocando sus escudos,
Su horda, que le venera cual un Dios,
Responde á sus de guerra acentos rudos:
«A Roma, á Roma» con rugiente voz.

La estancia de Rubió en Castilla no le sirvió de estímulo
para usar en verso la lengua castellana. Aparte de sus tareas

de catedrático, y de las ocupaciones que le impondría la familia, que ya por entonces se había creado, explica ese hecho el que el recuerdo de Cataluña, de que estaba lejos, debió avivarle el deseo de expresar sus sentimientos en catalán produciendo allí varias de las poesías que engrosaron la segunda edición del *Gayter*, que dió á luz en 1858 apenas se instaló aquí definitivamente. También contribuye á explicarlo la falta de ambiente literario que encontró el autor en Valladolid y de que repetidas veces se dolió más adelante. Fechadas en los años que duró su ausencia de Barcelona, no conozco de Rubió sino cuatro poesías castellanas, y dos están dedicadas á la Soberana y de ellas queda hecha referencia.

Aquí es ocasión de mencionar una composición de Rubió cuya fecha no encuentro fácil precisar, pero que desde luego no puede ser ni de su primera juventud ni de su última época. Es aquella á que aludí diciendo que, como única excepción, ostenta la estrofa clásica española. Se titula *Resignación*, y aun aparece en una lista con el segundo título de *Día de Tristeza*. Su autor borró en ella la fecha de 1843 que antes llevaba (1). Al componer esta poesía, Rubió, por única vez en su vida, se dejó influir por la lírica de Fray Luis de León, pues la trae á la memoria, no sólo en el metro, sino en el corte general y aun en no pocas expresiones, y hasta deja sentir vago recuerdo de la traducción que el Maestro hizo del *Super Flumina*. ¿A qué puede ser debida esta imitación, caso singular en el poeta y rarísimo también en la literatura catalana de aquellos días? No me parece absurdo pensar que pudo deberse á los estudios de literatura española en que Rubió se ocupó, más aun que anteriormente, para obtener la cátedra de Valladolid y que después allí aun perfeccionó en el ejercicio de su cargo. Oid algunas de las estrofas:

En la orilla asentado
Del fragoso sendero de la vida,
En lavar ocupado
La frente ennegrecida
Del sol y por los cierzos combatida;
Cuántas veces, Dios bueno,
Hechos ríos de hiel entrambos ojos
Y el pecho de ayes lleno

(1) Compuesto ya el texto, se me dice que esta poesía es efectivamente de 1843, y que se publicó en *La Fe* de Palma.

Y en la tierra de hinojos,
Probé amenguar, orando, tus enojos!

Cuántas veces y cuántas
Te llamé por tu nombre! Cuántas triste
Arrastréme á tus plantas!
Oh Padre! si me oíste,
Por qué á tanto rogar sordo te hiciste?

«Señor, en mi tenace
Afán diré volviendo á ti los ojos,
Desvía si te place
Ese cáliz de abrojos
Que quema con ardor mis labios rojos.

Pues siendo tú mi escudo,
Podré ofrecer el pecho á descubierto
Del hado al dardo agudo,
En tu favor tan cierto
Cual el soldado de su arnés cubierto».

Con la llegada de Rubió á Barcelona en 1858, se abre el tercero y último periodo de sus poesías castellanas, periodo ciertamente largo, pero no muy fecundo, cual es natural que fuese ya que en él, más que en honrar á las Musas, se ocupó el autor en la redacción de sus más importantes obras históricas y apologéticas. Este último periodo de la vida poética de Rubió tiene también su nota característica correspondiente, aunque se deja suponer que, tratándose de tan largo lapso de tiempo y viniendo esta era tras las precedentes, ni es siempre constante dicha nota ni destruye algunos recuerdos de los días pasados. Pero, en conjunto y considerando lo que aquí aparece por primera vez, podemos asegurar que Rubió en esta época fué más retórico que nunca, más pomposo, más declamador, y perdió así, á cambio de revelar mayores alientos, no sólo la frescura juvenil, sino la facilidad que había conservado todavía en el segundo periodo. Los asuntos religiosos, que son los que dan el tono á este tercero, herían sin duda demasiado profundamente su corazón para que la fantasía los elaborase y produjese con ellos obras artísticas; las composiciones, si no por encargo directo como antes, fueron escritas por motivos externos, para solemnidades; la extensión que por esto recibían algunas entibiaba la inspiración del poeta,

como suele entibiar de ordinario la de otros muchos no nacidos para empresas tan grandes, poetas fáciles durante cortos espacios de tiempo, pero forzosamente fríos durante largas jornadas; y, fija la vista del autor, por un lado en la alteza de los asuntos y por otro en lo aparatoso de las solemnidades, privado de verdadera libertad artística, recurre casi siempre á la ampliación, á los símiles calculados, á prodigar los epítetos, que no pocas veces huelgan, y las transposiciones, que casi siempre enojan; y queriendo remontarse, pero sin verdaderas alas, cae en la hinchazón, abismo común de todas las retóricas excesivas y poco sinceras. A esta nota, que indudablemente suelen llevar las poesías de Rubió en este periodo, se suma otra que también es casi privativa suya: el dejarse llevar en ellas más que nunca del recuerdo de poetas españoles clásicos, pero no salmantinos, como en la excepción apuntada, sino, por el contrario, sevillanos y hasta cultos, á los cuales acudía en busca de esa pompa que en él no era natural, y de quienes, como digo, no sacaba, ni podía sacar, sino el oropel, no el oro verdadero. Cuando imitó á los poetas románticos que sentían como él, su imitación resultó excelente; pero cuando pretendió hacer lo mismo con poetas de temperamento distinto y educación opuesta, el resultado fué fatal, pues se necesitan aún mayores dotes de asimilación que las de Rubió, á pesar de que las tuvo nada comunes (y así lo he tratado de demostrar), para asimilarse el modo de ser de poetas diametralmente contrarios.

Entre las poesías de esta época, merecen especial mención, unas por sus méritos y otras por ser las que la caracterizan mejor, las que voy á detallar. La titulada *A mi Patria*, aunque esté dirigida á la Reina Doña Isabel II, bella composición en que hay cuartetos, una de las combinaciones métricas que más usa en este periodo, tan valientes como éstos:

Del Ródano hasta Murcia el fértil suelo
Hizo alfombra á la planta de sus reyes,
Y al no hallar tierras do llevar su vuelo,
Tendiólo sobre el mar y dióle leyes.

Mas ¡ay! de tantas glorias y hechos tantos,
¿Qué fué lo que los siglos nos trajeron?
Como los ecos de fugaces cantos,
En cuanto se alejaron se perdieron.

Por eso cuando ayer el africano
Intentó mancillar nuestros pendones,
Vióse á la sombra del pendón hispano
Luchar los catalanes cual leones.

Igualmente respira patriotismo la composición escrita con motivo de la toma de Tetuán. He aquí algunos de sus entusiastas cuartetos:

Ya cayó Tetuán, en sus almenas
El pendón español flota altanero;
De la africana playa en las arenas,
Lauros hizo brotar el sol ibero.

¿Cómo olvidaron esos hijos fieros
A los que fueron de la mar espanto,
Que les venció en Orán el gran Cisneros,
Que el de Austria avasallólos en Lepanto?
Si en Guadalete sucumbió Rodrigo,
En Covadonga le vengó Pelayo!
Si nos venció en Uclés hado enemigo,
Las Navas fueron de venganza rayo.

En la ya citada composición á Zorrilla estuvo verdaderamente inspirado, como habéis podido conocer por las bellezas que de ella os presenté. Pero no estuvo así en otra, en igual metro, leída en el Ateneo con ocasión de los Juegos Florales de 1868 á que habían sido invitados poetas de Provenza, de Valencia y de Castilla. A todos los saluda Rubió, pero no siempre con fortuna. Ved, como muestra de la poesía, este trozo, que no es de los peores, en que saluda á los castellanos:

Poetas de Castilla, si un tiempo fué en que apenas
Hubo entre nuestros padres momentos ¡ay! de paz,
Y fué el suelo de España liza de ardientes luchas
Del castellano altivo y el catalán audaz,
Depuestas las querellas, unidos los pendones,
De barrás y de torres formándose un blasón,
Los antes enemigos trocáronse en hermanos
Porque uniéronse en una Castilla y Aragón.

Tampoco le acompañó la fortuna, á mi entender, en la dedicada á Overbeck, ni en otra poesía leída también en el Ateneo é igualmente en otra solemnidad. Es una composición dedicada á Cervantes con motivo de inaugurarse la reimpresión en fac-

símil de la primera edición del *Quijote*. Está escrita en décimas, y no sólo en el metro, sino en el vocabulario y en los giros trata su autor de seguir á los clásicos de Castilla. De las más felices décimas me parecen estas dos que os presento:

Y su fama alcanzó á tanto
Que unida á la suya crece
Y más bello resplandece
Lo más grande, hermoso y santo.
Dígalo si no Lepanto,
Golfo dos veces glorioso
Para el ibero hazañoso,
Una porque en él venció,
Y otra porque de él salió
Manco el manco más famoso.

Y luego, refiriéndose á Barcelona:

Pues no sólo aquí vivió,
Mas puso en ti sus amores,
Y coronas de loores
Sobre tu frente posó;
Y tanto en ti se gozó
Que quiso que fin tuviera
Aquí la andantil quimera
De aquel Hidalgo ingenioso
Y el cuento más deleitoso
Que jamás pluma escribiera.

Sin contar la poesía relativa á la muerte de Juliano el Apóstata, que por las muchas correcciones que lleva en el manuscrito puede servir como prueba de lo que el autor castigaba sus primeras redacciones en este tiempo, ni otra dedicada *A la muerte de Pío IX*, ambas discretas y ni merecedoras de elogio ni de censura, hay que citar ahora las dos composiciones más largas y que caracterizan más este período. En ambas el asunto es religioso, pues la primera, publicada en folleto, se titula *Pío IX, Canto Lírico*, y la segunda lleva por epígrafe *La Falsa Ciencia y la Iglesia*. Ambas, además, fueron debidas á solemnidades, como deja conocer la publicación aparte de la primera y revela el título total de la segunda, en que se lee: *Oda leída en el solemne acto de inaugurarse la Academia de Sto. Tomás de Aquino de Barcelona el 17 de Abril de 1880*. Fácilmente comprendéis que en estas dos largas composiciones he puesto la mira

cuando os emitía mi opinión sobre los caracteres de este último periodo poético de Rubió; y, en efecto, cuanto allí dije entonces en general á éstas atañe muy en particular, por lo que no hay que detenerse á repetirlo nuevamente. Como la primera, compuesta en largas estrofas de diez versos endecasílabos y heptasílabos, fué ya publicada, y la segunda no os deleitaría pues es obra de verdadera decadencia, prescindo de su lectura. Lo que juzgo mejor de este tercer periodo y tengo por muestra más excelente de todas las poesías religiosas de Rubió que lo caracterizan, por ser la más inspirada, la que ostenta mejor plan, la que tiene mayor corrección, y en que menos momentos flojos se notan y más abunda en patentes bellezas, es la titulada *La Nave de la Iglesia*, ya citada como impresa en un diario de Bogotá, y que, aun sin llevar fecha, no dudo en atribuir á este último periodo, aunque sea, como creo, de los albores del mismo. Está en estrofas grandes, que, con los cuartetos, fueron las combinaciones favoritas de Rubió en todo este tiempo. Se impone que escuchéis un par de ellas:

Mas ay! que aquella calma duró poco;
Porque apenas la paz dió Constantino
A la cristiana grey, con cisma loco,
Arrio protervo á conturbarla vino;
Y cual horrible llama
Que, á la vez que derrama
Estrago alrededor, en ondulante
Negruzca nube mancha el firmamento,
Cual llevada en sus alas por el viento,
Va la herejía por doquier triunfante.

Allí el germano bajo el roble añoso
Ofrece á Odín humanos troncos yertos;
Aquí el escita de mirar sañoso
Bebe su vino en cráneos de los muertos.
Del ócaso al oriente,
Lago de sangre hirviente
El orbe es ya. De su ruina-cierta
¿Quién salvará la pobre nave inerme?
¡El que á la sombra de sus velas duerme,
Pero que siempre á la oración despierta!

Además de las poesías en verso, compuso Rubió y Ors poesías castellanas en prosa, que el ejemplo de ciertas baladas de

los autores extranjeros que alimentaron su imaginación en sus primeros años á esto le impulsó. Fuera de una, que no está completa y cuyo manuscrito se guarda en el legajo citado de los versos, las demás fueron, en efecto, fruto de su primera juventud, y forman parte del tomito manuscrito en que están sus más antiguas producciones en verso, precediendo á éstas y siguiendo á una introducción titulada *Literatura*. Es esta introducción una apología del romanticismo, en que defiende esa escuela de «Walter Scott, Chateaubriand, Victor Hugo, Dumas y Lamartine», que son los nombres que cita; pero tomando el romanticismo sólo como una escuela espiritualista, como la forma propia del cristianismo, ya que afirma que «el romanticismo no puede pasarse sin la religión, del mismo modo que la antigua poesía clásica no podía existir sin la mitología». El final del artículo es éste: «Las concepciones modernas (las románticas) son como las viejas catedrales de la Edad Media, caprichosas, fantásticas, atrevidas en sus formas; pero dentro de ellas está encerrada una idea religiosa ó social, como dentro de las otras se encuentra siempre á la divinidad, al sacerdote y al pueblo».

Esas poesías en prosa son diez. En todas se hallan las condiciones propias de Rubió en aquel tiempo, las cuales he señalado al tratar de sus versos coetáneos; pero, cual si quisiese en ellas compensar con algún otro elemento poético la falta del metro, es mayor aquí la abundancia de la poesía del lenguaje, se suceden con más frecuencia los símiles, se prodigan más los epítetos, y no es extraño cierto paralelismo, cierto prurito de repetir palabras y frases á guisa de estribillo, cosa frecuente en los autores que fueron sus modelos. Véase, por ejemplo, en la primera obra, *A un niño dormido*, este párrafo: «Porque el Angel Custodio vela con sus alas de púrpura y azur al niño que duerme, como las doradas alas de la mariposa velan la azucena; y el niño que duerme ve en el Angel Custodio, como en un espejo, cuanto hay de bello, encantador, fantástico y poético en la tierra, cuanto hay de hermoso, inmenso y divino en el cielo».

Una de las más bellas es la segunda, *El Pescador*, que querría leer íntegra para que sirviese de ejemplo si no temiese ocupar demasiado tiempo esta tribuna, pues es de lo más acertado que produjo el joven vate. Que las lecturas románticas le habian entrado hasta la médula de los huesos salta á la vista en cuanto se lee un trozo cualquiera. Nada más que á una imaginación nutrida así cabe expresarse á los diez y nueve años con estas

palabras de la composición titulada *Mis Sueños*: «Soñar... mi soñar es gozar de un nuevo mundo de delicias, mundo de dicha y de paz; es vagar por un Edén delicioso, por un Edén sin árbol del mal, sin serpiente que seduzca. Ni pesan jamás sobre mi corazón, ni fatigan mi espíritu los sueños de plomo; porque mi corazón rechaza tales sueños y mi espíritu no los conoce todavía; porque mi corazón y mi espíritu han sentido apenas el amargo positivismo que corroe la vida».

De lo más débil me parece la que lleva por título *Mi Cumpleaños*; influencia especial de la lectura bíblica denota la *Fantasia Nocturna*; alusiones á sucesos políticos de aquellos días, propios de un acérrimo cristino como era el autor, parecen hallarse en *Palabras de Unión*; y las creencias cristianas del mismo se revelan bien en la titulada A. M. M. (1). Finalmente, no quiero olvidar la *doble fantasía* que lleva por epigrafe *Mi Porvenir*, cuyo conjunto es de lo que más me agrada de la colección.

Al estudiar el tomito manuscrito de Rubió á que me vengo refiriendo, entré en deseos de compararlo con otra obra análoga, aunque impresa, que dió á conocer Milá en el mismo año (2), y he podido observar, al hacerlo, que esas dos producciones juveniles de los dos amigos y compañeros explican ya plenamente las diferencias que los separaron entonces y después. También el folleto de Milá comprende verso y prosa; también en éste, como en aquél, lo primero es una introducción doctrinal. Pero, fuera de eso, todo son diferencias. Los versos de Milá son pocos é inferiores á los de Rubió; la prosa poética, que en aquél tampoco es abundante si exceptuamos el cuadro fantástico denominado *Fasque Ne-fasque* (que fué causa de que su autor recogiese el folleto, hoy por eso rarísimo, por creer esta producción algo resbaladiza, sin que eso indique sino la escrupulosa conciencia de Milá), dista también no poco de la del otro en méritos. Pero si todo eso patentiza que las dotes imaginativas de Milá no llegaron á las de Rubió, la parte doctrinal del folleto revela á las claras cuanto aquél aventajaba ya á éste en cualidades crítico-literarias, y cómo le era superior en profundos estudios, pues en ella ostenta ya su erudición, su acertadísimo juicio y hasta su proverbial concisión de estilo. En cortas páginas trata del problema, tan debatido

(1) ¿Sería Milá?

(2) *Algunos Estudios Literarios de M. M.* Barcelona, Imprenta de Joaquín Verdaguer, 1838.

entonces, del clasicismo y romanticismo, y os leería su resumen final si no fuese este juvenil escrito de Milá bien conocido por haberlo reproducido Menéndez Pelayo al principio de las *Obras Completas* del autor. Pero quiero que quienes no hayan leído el folleto en cuestión me deban el conocer un fragmento suyo notable, aun no reproducido, que todavía en mayor grado que la introducción prueba las aficiones que tenía ya entonces el luego famoso crítico á la teoría artística. Es una nota que puso á una de sus composiciones, acaso la mejor, con motivo del título de *Melodía Matinal* que le dió. Ya veréis como esta curiosa nota merece imprimirse de nuevo, no sólo por su desconocimiento, sino por ser de palpitante actualidad, ya que atestigua lo que Milá se adelantó á tantos otros defendiendo la extensión del campo poético hasta á la vaga expresión del musical, aunque recomendando la parsimonia y no llegando á las exageraciones de un Verlaine. Oid la nota de referencia: «Ni en lo más aéreo de lo lírico, ni en las combinaciones más rápidas del pensamiento que presenta la escuela de Hoffmann, hallaremos un género de poesía destinada á expresar imágenes aisladas, raptos poéticos sin trabazón alguna. Es verdad que muchos retazos de los poemas más arreglados podrían entrar en la jurisdicción de aquel género de poesía; pero, por lo mismo que allí va enlazada con el pensamiento, la imaginación pierde algo de lo aislada, de lo ideal. Y no se crea que usándose alguna que otra vez (con extrema moderación) este nuevo género de locura se degradase la poesía hasta el punto de desmerecer el título de hermana de las otras artes de imitación; muy al contrario, pues la música con su filosofía de pasión y sus caprichos, la escultura con sus arabescos é hipógrifos, y la pintura cuando traslada, por ejemplo, ondinas circuidas de aire y luz, no hacen otra cosa. La arquitectura nos muestra subidas rápidas, contornos redondeados, espirales prolongadas, huecos profundos, puntas ligeras y larguísimas... ¿Todo esto es más que una mezcla de audacia, temor, amor, pasiones expresadas fantásticamente sobre la piedra? Y ¿por qué no hemos de hacer lo mismo con las palabras? ¿Por qué no hemos de comprender los pensamientos del cielo que ruedan por las campiñas cuando el sol se unde en el ocaso? ¿Por qué no hemos de estudiar el lenguaje de las campanas cuando hablan al corazón de nuestros días pasados...?»

En todo el caudal poético castellano de Rubió de que he venido hablando antes de esta digresión, no figura el teatro, que

también cultivó en esta lengua (como igualmente en catalán) (1) en aquellos años en que frecuentaba la escena y en que, como poeta oficial, dedicaba versos á las actrices más admiradas y á toda clase de públicos acontecimientos. En la lista de sus poesías castellanas que incluyo como apéndice van también, para hacerla más completa, las cuatro obras teatrales que escribió en castellano, todas, menos la *Loa*, inéditas; pero he prescindido de hablaros de ellas por ceñir mi estudio á las poesías líricas, que son las más importantes.

He ido siguiendo paso á paso la vida de Rubió y Ors como poeta castellano, y os he leído lo que me parece mejor de todas sus producciones, habiendo así formado un ramillete que bien merece estar impreso y unido para regocijo de los amantes de la poesía y que os habrá podido hacer más llevadera mi empecatada prosa. He hecho con ello lo que el autor no hizo; os he dado á conocer lo que él ocultó, y que ciertamente debía divulgarse. Pero al hacerlo he atendido, no sólo á su valía, sino también á que el mismo Rubió, en sus últimos años, tal vez se inclinaba á hacer lo propio, pues meditaba una edición escogida de sus poesías castellanas según se desprende de una nota suya que se lee en el legajo tantas veces citado, donde, bajo el epigrafe de «Poesías castellanas que podrían publicarse», se comprenden los títulos de veintinueve de las suyas (2). Por cierto que, á semejanza de Cervantes y de tantos otros ingenios, Rubió no juzgaba el mérito de sus obras con acierto, pues en la mencionada lista figuran poesías tan flojas como *D. Guillén de Mediona*, *A Pío IX*, *La Falsa Ciencia*, *A Overbeck*, etc.; y se prescinde de otras que tengo por mucho mejores, como varias de las que dejo apuntadas y de que he escogido trozos, verbigracia *El Mendigo de Amor*.

Voy á acabar, señores; mas permitidme antes que resuma en breves palabras el juicio que me merece Rubió y Ors como poeta castellano. No esperéis que, dejándome llevar de la vanidad y pretendiendo haber descubierto un genio oculto, proclame que es Rubió un poeta excepcional, que sus producciones castellanas son irreprochables. No llega, en verdad, á semejante altura. Pero sí diré que es un poeta muy estimable, con dotes no comunes

(1) Verbigracia, *Gutenberg*, quadro dramàtich

(2) Entre ellas figuran las de cuatro composiciones que no me son conocidas: *Da Covadonga á Granada*, *Al Llobregat* (romance), *Las dos Nubes*, é Imitación de Víctor Hugo (Canción).

En otra lista de obras que se dice que faltan en el legajo, se cita también *Las dos Nubes* como existente en un álbum y como publicada en *La Fe*, tomo II, pág 241. En la misma se menciona otra canción titulada *A Alcudia*, Viaje á Mallorca, que tampoco he podido ver.

de imaginación, y que en ocasiones produjo obras de mayor perfección que otras de vates muy conocidos. Fué poeta romántico, pero lo fué por la época en que nació, por la atmósfera que respiró desde su infancia y hasta por la ausencia de educación clásica, pues no era poeta que sintiese de ordinario profundamente y careció, por lo general, de verdadero calor. Fué idealista hasta más no poder, que se inspiró casi siempre, no en la realidad, que acaso la sintiese muy bien, pero que tal vez por lo mismo no siempre la podía elaborar artísticamente, sino en los poetas que leyó, que hirieron su imaginación y la fecundizaron para la producción de nuevas obras. Eso explica su romanticismo, ya que sus lecturas fueron románticas. Si hubiera nacido un siglo antes, sus producciones hubieran sido muy otra cosa: sus personajes, por ejemplo, en vez de héroes medioevales, hubiesen sido zagalas falsas y pastores almibarados. Sentía muy bien, en las obras que hemos examinado la expresión poética de las pasiones, pero no sentía poéticamente y de un modo directo las pasiones mismas. Y esta es cabalmente la nota que separa la producción poética castellana de Rubió de la catalana, en medio de la multitud de semejanzas que tienen entre sí. En los versos catalanes de asunto amoroso se inspira Rubió en la realidad, no, como en los castellanos, en la lectura de otros poetas que la hubiesen cantado; hay en aquéllos más calor, son más sentidos, es decir, son, desde ese punto de vista, superiores á los castellanos. Y es que, sin duda, el poeta bilingüe cantaba en catalán lo que más hondamente hería su corazón, y componía versos amorosos en castellano únicamente como grato esparcimiento en horas de calma y de recreo literario.

La poesía fué para él, en sus primeros años, una necesidad; el escribir entonces fué abrir una válvula por donde pudiera escapar el vapor acumulado en su imaginación por sus lecturas y por sus ensueños. En su época media fué, en parte, una profesión, y en parte también, y á esto se debe lo mejor suyo, un esparcimiento del ánimo para descanso de otras labores menos gratas. Aun en sus últimos días, cuando no ejerció la poesía como un deber en alas de su entusiasmo religioso, sumándola con otras formas de su apostolado, fué ella también un desahogo de su espíritu, de aquel espíritu culto, recto, infatigable, que vosotros tuvisteis la dicha de tratar directamente y que yo sólo he podido vislumbrar á través de sus obras.

HE DICHO

APÉNDICE

Relación de algunas obras literarias en castellano de D. Joaquín Rubió y Ors (1818-1899)

Las primeras poesías castellanas del Sr. Rubió y Ors fueron publicadas en el *Guardia Nacional*. En él hizo también su primera aparición, como poeta catalán, con su composición en verso *A Elisa*, que lleva la data de 4 de octubre de 1836. En dicho periódico, además de aquellos primeros ensayos poéticos, algunos de ellos ultra-románticos é infantiles, vieron la luz, desde 1837 á 1840, algunas composiciones en prosa poética, que se citarán en esta relación, después del índice de poesías castellanas, hechas las más por el deseo de imitar las que de igual clase había escrito Milá y Fontanals, de quien, desde los primeros días de su juventud, fué Rubió y Ors entusiasta admirador. Sus primeros artículos en prosa se remontan al año 1835, y vieron la luz en *El Catalán* y el *Guardia Nacional* (1). De 1835, es *El Hijo de la Victoria*, en prosa poética, escrito con ocasión de la muerte del General Mina.

(1) Señalaremos, como los más interesantes por su asunto, los siguientes, publicados desde 1835 á 1838: — *Sobre la necesidad de trasladar la Universidad de Cervera á Barcelona, ó de dotar á esta ciudad de aquella institución.* (*El Catalán*; octubre 1835). — *Sobre la necesidad de eximir de impuestos el comercio de libros extranjeros, fundada en una práctica de los Reyes Católicos de 1486.* Comunicado inserto en el *Guardia Nacional*, de diciembre de 1835. — *La Historia de España y el romanticismo* (*Guardia Nacional*, 13 diciembre de 1835). — *La Mitología*: dos artículos encaminados á demostrar que debe desterrarse su empleo en las obras de la nueva escuela (publicados en *El Vapor*, 16 y 20 abril de 1837, precedidos de una introducción de Pedro Mata). — *Literatura*: artículo en que se pretende demostrar que el Romanticismo debe inspirarse en la Religión cristiana. (*Guardia Nacional*, 4 diciembre 1837). — *Lecciones de Literatura*: artículo humorístico contra los literatos anfibios que pretenden ser á la vez clásicos y románticos. (*Guardia Nacional*, 28 noviembre 1838).

I. — OBRAS POÉTICAS EN VERSO

1.—*Un beso.*

Poesía en octavillas. (Publicada en *El Vapor*, de Barcelona, 23 mayo 1837).

2.—*Ave María.*

«Cuando suena tristemente»

En tres partes.—Junio 1837 (1). (Publicada en *La Religión*, de Barcelona, t. II, p. 301).

3.—*A mi hermano* (Canto de boda).

«Arden los cirios ya y su llama riela»

En tres partes.—Agosto 1837. (*Primeros ensayos poéticos*).

4.—*El verdugo.*

«Sentado en un llano cadalso se mira»

En tres partes.—Septiembre 1837. (*Primeros ensayos poéticos*).

5.—*El angel custodio.*

«Cuando el hombre su estado de pureza»

En dos partes.—(Publicado en *La Religión*, enero 1838, t. III, p. 315. *Primeros ensayos poéticos*).

6.—*Rogad por ellos.*

«Dejad que duerma en paz allá en el polvo»

En tres partes.—Marzo 1838. (*Primeros ensayos poéticos*.—Publicada en *La Religión*, julio 1838, t. IV, p. 241).

7.—*A Palmira.*

«Sentada bajo el cielo del desierto»

En cuatro partes.—Marzo 1838.

(1) Esta poesía, con las demás que se señalarán oportunamente, figura en la obra *Primeros ensayos poéticos*. Barcelona, 1838, volumen de 150 págs. en 4.º, que se conserva inédita, y de que da cuenta la Bibliografía general de las obras del autor puesta al final del discurso necrológico que en honor de éste escribió Mosén Jacinto Verdaguer. (Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Sesión pública inaugural, celebrada el día 2 de enero de 1902).

(*Primeros ensayos poéticos*.—Publicada en *El Correo Nacional*, de Barcelona, de abril del mismo año, y luego en el *Diario Mercantil*, de Valencia).

8.—*La Esfinge*.

«Cual verde estatua de bronce»

En tres partes.—Mayo 1838. (*Primeros ensayos poéticos*).

9.—*A...* *

«Cantor! suelta tu lira; de armonía...»

Junio 1838.—(*Primeros ensayos poéticos*.—Publicado en *La Religión*, julio 1838, t. IV, pág. 188).

10.—*Votos de un trovador*.

«Dulce es al marinero»

Julio 1838.—(*Primeros ensayos poéticos*).

11.—*El Hada y la Peri* (Odas y baladas de Victor Hugo).

«Cuando muráis, oh niñas, y vuestra alma»

En cuatro partes.—Julio 1838. (*Primeros ensayos poéticos*).

12.—*Laura y Rogerio* (Balada)

«Trovador del negro gorro»

En cinco partes.—Septiembre 1838. (*Primeros ensayos poéticos*).

13.—*Esta es mi historia!!!* (Fragmento)

«Ayer jardines y flores»

En tres partes.—Diciembre 1838. (*Primeros ensayos poéticos*).

14.—*El ángel y el niño* (Balada) (1).

«Niño feliz, hermoso, le llamaron»

(Publicado en *La Religión*, primer semestre, 1839, t. V, página 120).

(1) Todas las poesías que á continuación se señalan son inéditas ó publicadas sólo en diarios, revistas, pliegos sueltos ó cortos folletos, y están conservadas en un legajo, por D. Antonio Rubió y Lluch, hijo del autor. Se ha procurado seguir en su enumeración un orden cronológico aproximado, porque de muchas no hay indicación alguna de fecha.

15.—*Al joven artista, P. Gariot.*

«Pues son tus cuadros, oh artista»

30 septiembre 1839.

16.—*Plegaria de una madre.*

«Señora, vos que sabéis»

17.—*Felicitación.*

«Cuanto puede dar el suelo»

18.—Sin título.

«Yo te ofrezco, Virgen pura»

19.—*La rosa y el ciprés.*

«Dijo el ciprés á la rosa»

20.—*A la madre Isabel.*

«Rindamos nuestros pechos»

21.—*El arrepentimiento (Plegaria).*

«Señor, de las alturas»

(Publicado en *La Religión*, 1840).

22.—*A S. M. la Reyna Donna Isabel II*, en el día de su santo, la
empresa del Teatro de la ciudad de Barcelona (Romance).

«A vos, la hermosa niña»

(Publicada en pliego suelto.—Barcelona. Imprenta de Brusí, año 1840).

23.—*A...*

«Aurea estrella, que un día bañaste»

Marzo 1840.

24.—*A la Srta. Palma*, dama joven del teatro de esta ciudad
(Quintillas)

«Riza tu cándida frente»

Año 1841.

25.—*Epitafio.*

«Tú, peregrino, que con ojos húmedos»

Diciembre 1841.

26.—*Jehová!*

«De rodillas, humanos, de rodillas»

(Publicado en *La Religión*. Segundo semestre de 1841, t. X,
pág. 28).

27.—*A la Srta. Adela Bartholomies?* al ausentarse de esta ciudad.

«Si un día en la ciudad que el ancho Sena»

Abril 1842.

28.—*A la joven actriz Doña Josefa Palma*, al ofrecerle una diadema de plata con motivo de su brillante desempeño de Malvina en la comedia *Un secreto á voces*.

«Si para adornar tu frente»

2 julio 1842.

29.—*A la Srta. Palma*, en el día de su cumpleaños, al ofrecerla un vestido.

«Acepta, amiga, aquesa humilde prenda»

17 septiembre 1842.

30.—*Epitafio para un niño.*

«Aquí yace! era una estrella»

Septiembre 1842.

31.—*Epitafio para una niña de ocho meses.*

«Apenas probó el vaso de la vida»

Septiembre 1842.

32.—*Décima.*

«Cual la humilde y tierna flor...»

Octubre 1842.

33.—*A la famosa actriz Doña Josefa Palma.*

«Gloria y orgullo de la escena nuestra»

Año 1842.

34.—*A la Sra. Doña Joaquina Gassó de Castanyer.*

«Si hay en tus plantas lugar»

3 enero 1843.

35.—*Para un niño de diez y nueve meses.*

«Nació, mas al probar la hiel que encierra...»

24 abril 1843.

36.—*Para el álbum de la Srta. Espinosa.*

«Que pudiera darte, hermana»

Palma, septiembre 1843.

37.—*La maldición del Dervi.*

«Emir, emir, que fueron»

Palma, 18 septiembre 1843.

38.—*D. Guillem de Mediona.* Recuerdos de la Conquista de Mallorca.

«Jinetes los de mi guardia»

En dos partes.—Palma, septiembre 1843. (Publicada en *El Arte*, de Barcelona, de 15 julio 1859, y en alguna otra revista).

39.—*A D. J. B. y R.* Felicitación.

«Si aceptas son á Dios las preces puras»

Marzo 1844.

40.—*A N.... en sus días.*

«Haz que de amor, en su favor, hermosa»

Marzo 1844.

41.—*En el álbum de la Sra. de Vega.*

«En las alfombras de su altiva planta...»

Agosto 1844.

42.—*Traducción de Victor Hugo.*

«No la insultéis, oh, no, porque ha caído»

Cornellá, 13 septiembre 1844.

43.—*Meditación.*

«Nacer, luchar, morir, tal nuestra vida»

Cornellá, 14 septiembre 1844.

44.—*El mendigo de amor.* Canción

«Ay! no le cierres tu puerta»

Cornellá, 25 septiembre 1844.

45.—*Confianza en Dios.*

«En la orilla sentado»

(Publicado en la *Fe*, t. I, pág. 110, año 1844).

46.—*Dos nubes.*

«Juntas las vido el sol de la mañana»

(Publicada en la *Fe*, t. II, pág. 241, año 1844).

47.—*Atila.* En tres cantos.

«Pesado es vuestro sueño, hijos del Norte»

(Publicada en la *Fe*, t. II, pág. 355, año 1844).

48.—Sin título

«Fincaban en noche oscura»

49.—*A Doña Nieves Corriols, en sus días.*

«Si de una amiga las preces»

50.—Sin título.

«Da su fragancia al viento»

51.—Sin título.

«El desierto de la vida»

52.—*A S. M. la Reyna Madre, Doña María Cristina de Borbón,*
con motivo de la solemne repartición de premios á los
alumnos de las Escuelas de Nobles Artes, verificada bajo
su augusta presidencia en el salón de la Casa Lonja de esta
ciudad. Composición poética leída por su autor, alumno
de la misma casa. Barcelona.—Imprenta de José Rubió,
año 1844.

Un folleto de 11 páginas en 8.º

(Citado en la bibliografía general mencionada).

- 53.—*A S. M. la augusta Reina Madre, Doña María Cristina de Borbón, en sus días.*

«Después de helada y borrascosa noche»

(Impresa en pliego suelto. Imprenta de A. Gaspar y Roca.
Sin lugar ni año).

- 54.—*A S. M. la augusta Reina Madre, Doña María Cristina de Borbón, en sus días.*

«Oh Cristina, dechado de reinas»

Impresa en pliego suelto.—Imprenta de Gaspar y Roca.
Sin año ni lugar de impresión.

- 55.—*A S. M. la Reina Madre, Doña María Cristina de Borbón, en el día de su entrada en Barcelona.*

«Cantad, poetas, vuestras liras de oro»

Impresa en pliego suelto.—Imprenta de Gaspar y Roca.
Sin año ni lugar de impresión.

- 56.—*A S. M. la Reina Madre, Doña María Cristina de Borbón, en el día de su entrada en Barcelona. (Himno)*

«Si cual Reina, eres grande, Cristina»

Impresa en pliego suelto.—Imprenta de A. Gaspar y Roca.
Sin año ni lugar de impresión.

- 57.—*A S. M. la augusta Madre de nuestra adorada Reina, Doña María Cristina de Borbón.*

«Gloria á Cristina! Gloria oh Barcelona!»

Impresa en pliego suelto. Imprenta de A. Brusi. Sin año ni
lugar de impresión.

- 58.—*A S. M. Doña Isabel II, con motivo de su proclamación.*

«Lució por fin de paz el iris bello»

Impresa en pliego suelto.—Imprenta de A. Gaspar y Roca.
Sin año ni lugar de impresión.

- 59.—*Himno para cantarse en el teatro de Barcelona, con motivo*

de la proclamación de Doña Isabel II, como Reina constitucional de las Españas.

«Lauros bellos, fragantes olivas»

Impresa en pliego suelto. — Imprenta de A. Gaspar y Roca.
Sin año ni lugar de impresión.

- 60.— *A S. M. Doña Isabel II de Borbón*, el regimiento de caballería de Villaviciosa, con motivo de haberse dignado visitar su cuartel.

«Los que en cien lides al contrario acero»

Impreso en pliego suelto. Sin año ni pie de imprenta.

- 61.— *Un corazón de madre*. (Canción).

«Por qué, cielos, huérfano»

Mayo 1845. (Fué puesta en música por D. José Piquer).

- 62.— *La lágrima y el suspiro*.

«El rocío yo soy, que acá en el suelo»

Palma, 15 julio 1845.

(Publicada en una revista ó periódico, cuyo título ignoro).

- 63.— *Alcudia*.

Palma, agosto 1845.

(Poesía publicada en el *Viaje á la isla de Mallorca en el estio de 1845*. Por Juan Cortada. — Barcelona, Imprenta de A. Brusi. 1845, pág. 265).

- 64.— *A la Gloria* (A la Srta. Doña Ignacia de Janer). (1)

«También yo, dulce amiga»

Cornellá, septiembre 1845.

(Publicada en *El Arte*, de Barcelona, en 15 mayo 1859).

- 65.— *En el álbum del niño Bosch*.

«Sobre tu frente candorosa y pura»

5 diciembre 1845.

(1) A esta joven é ilustrada poetisa, que murió en edad temprana, dedicó además el Sr. Rubió y Ors, la poesía catalana *El Gayter á la nina del Llobregat* (setembre de 1845). Vid. *Lo Gayter del Llobregat*. Poesías de D. Joaquim Rubió y Ors. Segona edició. — Barcelona, año 1858, pág. 265. La Srta. Janer había saludado al joven poeta con una poesía que empieza: «Si del saber entrara en el Imperio» (julio 1844).

66.—*Al Llobregat* (Romance).

«Río de las aguas rojas»

Octubre de 1846.

67.—Sin título.

«Dichoso el corazón que en la sombra»

Valladolid, 31 agosto 1848.

68.—Sin título.

«La concha nacarada»

69.—Sin título.

«Pues cuanto aquí respira»

70.—A. S. M. la Reyna Donna Isabel.

«A vos, la que en trono e d'oro e d'argent»

Valladolid, 28 febrero 1850. (Publicada en el diario *El Bien público*, de Valladolid).

71.—*Himno*, cantado en el Liceo artístico literario de Valladolid, por su sección de música, la noche del 1.º de marzo de 1850, en celebridad del estado interesante de S. M. la Reina Doña Isabel II.

«Gloria y prez á la regia matrona»

(Publicada en pliego suelto. Sin pie de imprenta).

72.—Sin título.

«Virgen, de vírgenes reina»

2 septiembre 1851.

73.—Sin título.

«No en anchuroso, enfurecido piélago»

74.—Sin título (A Elisea Lluch) (1).

«Pasad, pasad veloces»

Valladolid, 1852.

(1) Es la única poesía castellana que hemos hallado dedicada á la que fué después su esposa, la Sra. D.^a Elisea Lluch y Garriga. En catalán, en cambio, le dedicó las siguientes

75.—Sin título.

«Hubo una edad en que esta hidalga tierra»

6 septiembre 1860.

76.—Sin título.

«Ya cayó Tetuán, en sus almenas»

Barcelona, 1861.

77.—*A Zorrilla.*

«Pues que hados venturosos, en hora asaz placiente»

Barcelona, 9 abril 1868.

78.—Sin título.

«Poetas de Provenza, raza de trovadores»

4 mayo 1868.

79.—*La Nave de la Iglesia.*

«¿Cuándo será que en los undosos senos?»

(Publicada más tarde en *La Nación*, de Bogotá, 1889).

80.—*A Overbeck.*

«En la frente del arte casta y pura»

(Publicada en la *Unidad Católica*, de Palma de Mallorca).

81.—*A Cervantes*, con motivo de inaugurarse la reimpresión en facsimil de la edición primera de *El Quijote*; poesía leída en el Ateneo Catalán.

«Cual desde el rojo Oriente»

11 abril 1871. (Publicada en el «Boletín de la Reproducción

composiciones, que, como dice su hijo el Sr. Rubió y Lluch, son las más vibrantes y sentidas de la larga vida poética del Sr. Rubió y Ors. (*Lo Gayter del Llobregat*. Poesías de D. Joaquín Rubió y Ors ... ab un prólech de D. Antoni Rubió y Lluch — Edició poliglota. — Volum quart, 1899-1895. — Barcelona, 1902. p. XLVI). — *Cançoneta* (Valladolid, juny 1849). — *A una morena* (Valladolid, desembre 1859). — *La rival de las flors* (Valladolid, novembre 1852). — *Amors que matan*. (Valladolid, desembre 1852). — *Penas y Remays* (Valladolid, mars 1853). — *La mirada* (Barcelona, janer 1854). — *Postas de sol* III (Barcelona, febrer 1854). — *Auyorament* (Valladolid, juliol 1857). *Postas de sol*. IV (Valladolid, juliol 1857). — *Postas de sol*, V. (Valladolid, agost 1857). — *A ... Oh! pour remplir de moi ...*. Traducció de V. Hugo. (Sant Boy del Llobregat, setembre 1839). — Nos ha proporcionado estos datos el mencionado Sr. Rubió y Lluch.

Foto-Tipográfica de la primera edición de Don Quijote de la Mancha» de agosto del mismo año).

82.—*Pío IX. Canto lírico.*

«A quien ya, sino á ti, Virgen María»

«Pío IX... Canto lírico, por D. Joaquín Rubió y Ors.—Barcelona.—Imprenta de Magriñá y Subirana, 1871». Fascículo de 16 págs. en 8.º

83.—*De Covadonga á Granada.*

«A do' esa raza de atezada frente»

Barcelona, 1876.—(Publicada en el «Libro de poesías provinciales ofrecido á S. M. el Rey Don Alfonso XII por el Ayuntamiento de Barcelona.—Barcelona. Imprenta de Ramírez y C.ª 1877.—Un tomo de 193 págs. en 8.º, páginas 67 á 77).

84.—*Con motivo de la muerte de Pío IX.*

«Sonriente el sol desde su curso de oro»

11 febrero 1878, (Publicada en una revista cuyo nombre ignoro).

85.—*La falsa ciencia y la Iglesia.*

Oda leída en el solemne acto de inaugurarse la Academia de Sto. Tomás de Aquino de Barcelona»

«A qué, yo siento arder dentro mi frente»

11 abril 1880.

86.—*Romance.*

«El cantor de alegres trovas»

87.—*En el álbum de Doña Anita Estruch de Ferrer, Marquesa de Cornellá.*

«Bien hiciste en llamarla»

San Boy del Llobregat, agosto 1889.

88.—*Juliano el Apóstata.*

«En lo hondo de una tienda, cuya puerta»

28 mayo 1891.

89.—A los naufragos del «Reina Regente»

«¡Cuán triste no poder sobre su tumba!»

12 mayo 1895.

A esas ochenta y nueve poesías en castellano se han de añadir otras noventa en catalán, escritas desde 1836 á 1895, último año de la producción poética del Sr. Rubió y Ors, en ambas lenguas. A todas ellas pueden sumarse las doce cortas poesías que incluyó su autor en su obra, tantas veces reimpressa, y de la cual damos á continuación noticia bibliográfica de su primera edición: *El libro de las niñas*, por D. Joaquín Rubió y Ors, individuo de la Academia de Buenas Letras y de la Sociedad filomática de Barcelona, socio corresponsal de la Arqueología Tarraconense y director de la *Biblioteca Católica* que se publica en esta ciudad.—Aprobado por la censura eclesiástica.—Barcelona. Imprenta de José Rubió.—Año 1845.—Un vol. de 152 págs. en 16.º

II.—OBRAS POÉTICAS EN PROSA

1.—*El Hijo de la Victoria*, dedicado á honrar la memoria del General Mina.

2.—*El proscrito*.

(*El Vapor*, 29 abril 1837)

3.—*Mis sueños*.

(*Guardia Nacional*, junio 1837)

4.—*Palabras de unión*.

(*Guardia Nacional*, junio 1837)

Imitación de las *Palabras de un creyente*, del Abate Lammenais.

5.—*A un niño dormido*.

(*Guardia Nacional*, julio 1837)

6.—*Mis cumpleaños*.

(*Guardia Nacional*, 31 julio 1837)

- 7.—*Fantasia nocturna.*
(*Guardia Nacional*, agosto 1837).
- 8.—*Mi porvenir.*
(*Guardia Nacional*, abril 1838).
- 9.—*A M. M.*
(Julio 1838).
- 10.—*Melodia.*
(*Guardia Nacional*).
- 11.—Sin título.
6 agosto 1839. (Añadido con posterioridad á su colección *Primeros Ensayos poéticos*).
- 12.—*Mano roja. Leyenda catalana del siglo XIV.*—Barcelona
Imprenta de José Rubió.—1838.—Un vol. en 16.º de
IV + 56 páginas.

III.—OBRAS DRAMÁTICAS

- 1.—*Artista, ciega y amante.* Drama en dos actos, arreglado al teatro español. Barcelona. Febrero 1842, inédito.
- 2.—*Los tres cuñados.* Comedia en un acto, de Bayard y Sauvage, puesta en castellano en 1840. Barcelona, 1843, inédita.
- 3.—*Vengar cual nobles su agravio.* Drama caballeresco en cinco actos y en verso. Barcelona, 1844, inédito.
- 4.—*Desengaños y homenajes.* Loa compuesta para celebrar la feliz llegada á Barcelona de S. M. la Reina Doña Isabel II. Barcelona. Imprenta de José Rubió. 1844. Un folleto de 23 páginas. (Fué representada en el teatro de Santa Cruz, con asistencia de SS. MM.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL

Sr. D. Antonio Rubió y Lluch

Señores Académicos:

A todo el que conozca la historia catalano-aragonesa y haya tenido que consultar á menudo los *Anales* de Zurita, el historiador más formidable y concienzudo que hasta ahora haya tenido España, no puede serle desconocido el primer ilustre apellido aragonés que ostenta el nuevo académico, á quien hoy tenemos el gusto de sentar entre nosotros, en los escaños de nuestra vetusta Corporación.

Mas si el apellido paterno del Sr. Jordán de Urries, tan estrechamente unido á los anales de Aragón, nos evoca gratos recuerdos de tiempos muy gloriosos de nuestra común historia medioeval en que Catalanes y Aragoneses vivimos bajo un mismo cetro y formamos un mismo estado, su apellido materno nos trae á la memoria aquel ilustre Azara, cuyo nombre está inseparablemente enlazado con los trabajos de Winkelmann, con las excavaciones de Tibur y el hallazgo de la Venus del Esquilino (1). Tengo motivos sobrados para afirmar que á este benemérito y profundo conocedor de la antigüedad clásica, adorador ciego de Mengs, que contribuyó más que ninguno á difundir en nuestra patria su criterio de intransigencia neo-clásica, pensó

(1) Menéndez y Pelayo.—«Historia de las Ideas Estéticas».— Madrid, 1896.— T. III, volumen II, pág. 403.

nuestro nuevo compañero dedicar su discurso de entrada, si un sentimiento de delicadeza, que nunca podré agradecer bastante, no le hubiera llevado á consagrarlo á la memoria de su ilustre antecesor, cuya vacante viene á llenar tan dignamente en nuestra Academia.

Con ser muy honrosos los timbres ancestrales que en sus apellidos ostenta el Sr. D. José Jordán de Urries y de Azara, que son los de dos de las más distinguidas familias de la nobleza de Aragón, ha sabido darse á conocer, además, por otros muy personales, que no sólo añaden nuevo brillo á los primeros, sino que, por ser debidos á su propio esfuerzo, son de mucho más valor que los heredados. Vedle, no obstante, que se presenta ante vosotros con la natural modestia del hombre de valer, que sinceramente profesa el *ars nesciendi*, verdadero y necesario acicate de todo estudio serio, constante y provechoso, afirmando, con cautela excesiva, que sus merecimientos literarios son escasísimos y desconocida y sin importancia su labor científica. Fácil me será desmentir estas afirmaciones y estoy seguro de que, por poca que sea mi destreza, he de salir airoso de mi empeño.

Es cierto que no es copioso el caudal bibliográfico del señor Jordán de Urries; pero no lo es menos que es sólido y concienzudo, y en años todavía juveniles, firme garantía del rico fruto que ha de dar su saber, cuando llegue el otoño de la vida, en que la mies intelectual, como la de la naturaleza, se presenta con regalada madurez.

Hace ya algunos años se me reveló por vez primera en mis estudios literarios el nombre de nuestro distinguido compañero, cuando aun no había tenido la fortuna de conocerle personalmente, ni soñaba con ello, en una curiosa monografía sobre los poetas aragoneses de la corte literaria de nuestro Alfonso el Magnánimo (1), en la que confundieron sus acentos los humanistas griegos cubiertos aún con el polvo de las ruinas de Bizancio, las letras latinas resurgidas al vigoroso soplo del Renacimiento, la áspera y atormentada musa de Ausias March, el genio italiano con sus delicadas inspiraciones llenas ya del sentimiento de la moderna poesía y los vates de Aragón, que, formando un grupo poético, enriquecían por vez primera con sus cantos el Parnaso castellano.

(1) Los poetas aragoneses en tiempo de Alfonso V. Zaragoza, 1890. 23 págs. en 4.º.

Otro juvenil estudio del Sr. Jordán de Urries fué dedicado al estudio de los *Autos sacramentales de Calderón*, materia en nuestra historia literaria menos tratada de lo que la originalidad del asunto y la grandeza del desempeño lo merecen

Uno de los muchos frutos de las fecundas iniciativas del ilustre Menéndez y Pelayo, en el inmenso campo de la erudición por él roturado, es la tesis doctoral de nuestro nuevo consocio acerca de las teorías estéticas de las obras filosóficas de Cicerón y Séneca (1). A cada paso se transparenta en este trabajo el ejemplo y el estímulo del Maestro en su admirable *Historia de las ideas estéticas en España*, de uno de cuyos sustanciosos capítulos viene á ser el desarrollo, y él confirma una vez más, lo que en el ruidoso homenaje á aquél dedicado, dijo el notable escritor montañés, y muy querido amigo mío, D. José Ramón Lomba, de que directa ó indirectamente somos discípulos del asombroso polígrafo español (y yo tuve la fortuna de ser el primero de ellos en España, en orden al tiempo), cuantos desde la aparición de sus magistrales obras trabajamos en el campo de la crítica, de la erudición y de las letras.

En el ensayo del novel doctor se reveló ya su vocación poderosa por la crítica estética y la historia del arte, que fortificada y desarrollada, andando el tiempo, con el magisterio de aquellas disciplinas, que obtuvo en brillante y reñida oposición, había de fijarse de una manera sólida, irresistible y definitiva. Dos conferencias dadas en el Ateneo de Zaragoza, en la primavera de 1891, sobre las poesías de Jaúregui, fueron como el germen del notable trabajo que escribió sobre la biografía y la crítica literaria de sus obras, y que mereció más tarde ser premiado y publicado á sus expensas, por la Real Academia Española. (2). El galardón concedido por la más alta corporación literaria de nuestra patria al trabajo del Sr. Jordán de Urries me dispensa de hacer de él otro elogio. Sólo añadiré que es fruto de serias investigaciones en archivos y bibliotecas, las cuales le han permitido reconstruir la poco conocida biografía del eximio

(1) *Teorías sobre la belleza y el arte en las obras filosóficas de Cicerón y Séneca*. Tesis doctoral leída en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, por D. JOSÉ JORDÁN DE URRÍES Y AZARA.—Zaragoza.—1894. 71 págs. en 4.º

(2) *Biografía y estudio crítico de Jaúregui*, por D. JOSÉ JORDÁN DE URRÍES Y AZARA, doctor en Filosofía y Letras y profesor auxiliar de dicha Facultad, en la Universidad de Zaragoza.—Obra publicada á expensas de la Real Academia Española, que la premió en público certamen.—Madrid, 1899.—Un volumen de 273 págs. en folio.

traductor de la *Aminta* del Tasso, y dar á luz por vez primera, entre otros textos inéditos, el *Antídoto contra las Soledades*, en que combatió á Góngora por sus atrevidas innovaciones; y la famosa comedia el *Retraído*, escrita contra Quevedo, uno de sus enemigos literarios á quien atacó con más firmeza y hasta con encono personal. Como todo cuanto sale de la castiza pluma de nuestro docto compañero, se distingue esta nueva monografía por lo concienzudo de su preparación y lo bien ordenado de sus partes; por su exposición clara y sobria y por un estilo natural que huye de toda afectación, y que, á mi ver, parece como que respira cierta aristocrática llaneza aragonesa. Hay en ella, además, un sentido crítico, modesto, pero seguro y ceñido á la realidad de las cosas, y por lo tanto enemigo de lucirse á expensas de la sinceridad y de la realidad misma.

Completan la sustanciosa producción intelectual del Sr. Jordán de Urries, aparte de otros trabajos cortos y artículos no coleccionados de menor importancia, una conferencia que leyó hace pocos años en la *Associació Wagneriana* de esta ciudad, con el título de «Una hipótesis sobre el origen de la rima» (1), y un extenso y profundo estudio publicado en el Anuario de la Universidad de Barcelona (2), sobre *El arte según las escuelas y los escritores contemporáneos*, que merece algo más que una simple mención.

En este trabajo pasa revista á las escuelas contemporáneas filosóficas que intentan resolver el problema de la esencia del arte, que en su sentir son: la *armónica*, la *cristiana*, la *positivista* y la *socialista*. Las dos primeras, en rigor, coinciden en sus soluciones, pero con criterio racionalista una y cristiano la otra, tratando de conciliar los dos polos opuestos de la estética y del arte, el idealismo y el realismo: la tercera explica el arte de una manera puramente fisiológica, y la última le reduce á una mera función social. En su notable disertación el Sr. Jordán de Urries prescinde de todos los pensadores que ya figuran en la *Historia de las ideas estéticas* de Menéndez y Pelayo, y con criterio sereno é independiente, trata sólo de aquéllos que, por razón del tiempo, no han podido entrar en el vasto cuadro de aquella obra magistral.

(1) XXV Conferencias donadas á la *Associació Wagneriana* (1902-1906).—Barcelona. *Associació Wagneriana*. 1908.—Un volumen de 492 páginas en 4.º—Puede leerse el trabajo citado del Sr. Jordán de Urries en las páginas 449 á 469.

(2) Universidad de Barcelona. 1907 á 1908.—Ocupa este largo trabajo desde la página 109 á la 154 de dicho Anuario.

Después de hablar de los escritos del famoso Mac Schasler, señalando de paso los autores que convienen con él en parte de su doctrina, y de los de los estéticos cristianos, especialmente los de Gretmann; después de tratar de Marco Pilo, como el más representativo quizás de la escuela positivista y de examinar entre las obras de los pensadores de la escuela socialista, la cual no ha aportado ningún verdadero provecho á la ciencia estética, la *sociología artística* de Fausto Squillace, que no cede en importancia á la *Estética* de Pilo, se detiene especialmente en dos importantísimos escritores independientes, quienes no tienen cabida en ninguna de las agrupaciones mencionadas, á saber: el alemán Conrado Lange, y el italiano Benedetto Croce.

De la doctrina del primero dice que viene á coincidir en muchos puntos con la de nuestro sabio jesuita P. Arteaga, que tuvo muchas adivinaciones de la moderna estética; en cuanto á la del ilustre Croce, la califica con justicia y con imparcialidad, de más altos vuelos, de más interesante y original y de mucha más trascendencia para el movimiento científico que la anterior. Realmente la mentalidad de mi admirado amigo el Sr. Croce es una de las más poderosas de la Italia contemporánea y viene á ser representativa de toda una moderna dirección filosófica, basada en una nueva crítica y revisión de valores intelectuales. Benedetto Croce se distingue por su profundidad, por su originalidad, por su fina y delicada percepción, por su noble y serena imparcialidad, por su sólida y austera preparación; cualidades todas que se atraen el respeto hasta de los mismos que no participan de sus ideas y tendencias, que no son tampoco las mías. Sus teorías, expuestas en su *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general*, echan desapiadadamente por los suelos cuanto hasta ahora la ciencia humana había considerado como contenido indispensable de tales disciplinas, que, más que ninguna otra, se hallan como una nebulosa en estado flotante y contradictorio, de indeterminación continuada.

El eminente pensador italiano, que aplica su criterio perspicaz á todos los problemas intelectuales modernos, dogmatiza poco y destruye mucho. Pero hay que reconocer que destruye muchos falsos andamiajes científicos, sobre los cuales se levantan construcciones tan fatigosas é inútiles como aparentes, que sólo se mantienen en un mundo cerebral de convención, pero que se deshacen al menor contacto con la realidad. Convengo con mi querido amigo, el Sr. Jordán de Urries, en que algunas de

esas negaciones son demasiado audaces; pero más peligrosos son, por ventura, para los sinceros amantes del saber, los vanos apriorismos, la tendencia exagerada hacia una unidad quimérica y la sistematización ilusoria que han poblado el mundo intelectual de buques fantasmas, condenados á no aportar nunca á las playas de la verdad.

Con ser muy importante, utilísimo y bueno cuanto hasta ahora ha producido el Sr. Jordán de Urríes, se equivocaría el que creyera que con ello conocía perfectamente su labor y su fisonomía intelectual. Lo mejor de ella, como en muchos hombres de valer, permanece oculto en su espíritu, velado por la modestia y por la desconfianza en la eficacia de cuanto escribe. Sus merecimientos y su vocación le llevaron á la cátedra de la *Teoría de las Bellas Artes* de nuestra Universidad, donde se derrama en ejercicio práctico y fecundo, aquel su perenne y nunca abandonado estudio del mundo estético, aquella su diaria, directa y nunca interrumpida observación de los fenómenos del arte. En aquella hora modesta é ignorada de sus explicaciones, con la abnegación propia del verdadero sacerdote del saber, el ilustre profesor regala generosamente, sin jactancia alguna, á sus alumnos y oyentes, todo el rico caudal de sus conocimientos, adquiridos en largas horas de afanes y vigiliass.

Os he hablado adrede de un constante estudio del mundo estético, de una diaria y nunca abandonada observación de los fenómenos del arte, porque la labor de nuestro compañero no se limita á su aposento de trabajo, ni se encierra en el recinto de su aula, sino que se dilata por cuantos se consagra al arte verdadero ó bien intencionado culto. Siguiendo el ejemplo de Hegel, el gran maestro y padre de la estética moderna, que no fué indiferente á ninguna forma artística, dedica su vida entera — ya de suyo solicitada por mil diversas atenciones — con una actividad nunca rendida, á conocerlas todas, y no hay teatro, en que se represente una obra genial, ni concierto, ni velada musical, ni galería de cuadros, ni exposición artística, ni conferencia ó lección pública, donde no se le vea asistir asiduamente; para aguzar á la vez su espíritu crítico y su comprensión y sensibilidad estéticas. Nuestras principales sociedades de cultura le cuentan entre sus miembros más constantes; nuestras solemnidades artísticas y literarias, y hasta las más modestas manifestaciones de ambos géneros, entre sus asistentes indispensables; ora sean el *Centre Excursionista de Catalunya*, la *Associació Wagne-*

riana ó el *Orfeo Català*, ora sean nuestras más altas Academias científicas y literarias ó nuestros primeros centros docentes.

Ya veis pues, señores, que hoy, con igual motivo que cuando tuve la honra de apadrinar á uno de nuestros más distinguidos compañeros, puedo repetir al que en buen hora, viene á serlo nuestro, que á pesar de que su modestia, uno de los más salientes rasgos de su personalidad, no se lo deje reconocer, puede entrar por obra y gracia de sus propios y positivos méritos, con puertas y brazos abiertos, en el seno de nuestra rancia corporación, que se siente orgullosa de contarle entre sus miembros y aguarda impaciente su provechosa y activa colaboración.

*
* *

La semblanza literaria de mi Padre venerado, en uno de sus más ignorados aspectos, que con tanta elocuencia y escrupulosidad acaba de trazar nuestro querido compañero, me estimula á bosquejar el cuadro y el medio ambiente, en que se desenvolvió su producción poética castellana. Aquel ambiente no fué otro que el del romanticismo, cuya influencia se dejó sentir en muy distintas esferas, pero con más vigor y originalidad en la poesía, y que al mismo tiempo venia preparado por una escuela literaria cuya formación se inicia ya en la segunda década del siglo pasado. Como no es posible, en el corto espacio de que podemos disponer, hacer la historia completa de la escuela catalana, ni del movimiento romántico que la encauzó y le dió su propia fisonomía, ni mucho menos de todo el movimiento literario de la época, me limitaré en este trabajo á presentar las principales fases de esta escuela en su aspecto poético, dejando para ocasión más propicia, si algún día se me ofrece, el estudio del movimiento romántico en el teatro y en la novela, y en otras determinaciones literarias, en que su influencia se sintió de un modo más tardío y harto más débilmente.

La historia literaria de Cataluña antes del renacimiento catalán está todavía por hacer, y es asunto que más de una vez nos ha tentado y para el que hemos recogido abundantes materiales. Este período es el precedente necesario de la llamada *renaixença* catalana, cuya historia quedaria acéfala é inexplicable en muchos puntos si no se le tuviese en cuenta. Porque sus gérmenes están cabalmente en esta florecencia de nuestra cultura, cuando Cataluña, como ha dicho Menéndez y Pelayo,

colocada en la vanguardia de la civilización española; dijo en muchas cosas la primera palabra, por boca de sus jurisconsultos, de sus filósofos, de sus economistas y de sus poetas, palabra de sentido hondamente catalán, aunque la dijese todavía en castellano (1).

Nuestra renovación literaria vino principal y precisamente de los escritores que para hacer literatura, abdicaban su propia lengua y que parecía que iban á realizar la obra de asimilación á las letras castellanas que cuatro siglos de vecindad y de comunidad de vida política y espiritual no habian conseguido.

En este período Valencia llevó al rico caudal de la literatura patria un gran contingente de escritores de toda clase; Cataluña, menos dúctil y más refractaria á la asimilación, prefirió el mutismo y la esterilidad. Boscán en el siglo XVI, Setantí en el XVII y Capmany en el XVIII son figuras aisladas. No hubo verdadera escuela catalana, dentro de la literatura nacional, como la hubo aragonesa y valenciana, ni siquiera un grupo importante de escritores.

Pero esto cambió desde las postrimerías del siglo XVIII y sobre todo desde el primer tercio del siguiente. De nuevo, como en los tiempos de Boscán, Cataluña se disponía á hacer el papel de adoctrinadora y de intermediaria de extrañas influencias, venidas ahora de Inglaterra y de Alemania. Entonces nacieron los primeros representantes de la lírica castellana en Cataluña, que sólo pudo presentar en cuatro siglos de esterilidad poética, la solitaria figura de Boscán y aun amparada por la protección y prestigio de Garcilaso. En esta escuela literaria castellanista se refugió el alma catalana y de ella nació nuestro renacimiento. En los mismos días que se despertaban nuestras letras y al lado del nuevo movimiento, arrastraba una vida perezosa y mortecina una especie de literatura catalana, tan completa y relativamente tan fecunda como la otra, á la cual no faltaban ni poetas, ni prosistas, ni dramáticos, ni didácticos, ni gramáticos, ni lexicógrafos. Y sin embargo era una literatura momificada y estéril, que sólo vivía por la fuerza de la inercia, como la organización política de Cataluña de los tiempos cercanos á Felipe V. Era el eco débil y apagado de la tradición del siglo XVIII; un organismo literario herido de muerte y amenazado

(1) M. Menéndez y Pelayo.—El Doctor D. Manuel Milá y Fontanals. Semblanza literaria. Barcelona, 1908, pág. 59

de descomposición. Era, en una palabra, al revés de la otra, una literatura que no tenía conciencia de sí misma. Antes del renacimiento, fuera de muy contadas excepciones, ya desde los tiempos de Vallfogona, bien puede asegurarse que las obras que en catalán se escribían no son producciones verdaderamente literarias, sino meros documentos bibliográficos que sólo prueban el uso constante de nuestra lengua y su aplicación á diversas materias.

Hubo en Barcelona, al comenzar el siglo pasado, un doble movimiento científico y literario y cierto bienestar material que arrancaba de las postreras décadas del XVIII, á consecuencia de la prosperidad y del progreso iniciados en toda España por el gobierno de Carlos III, de los que, como es natural, nuestro país estaba en situación de beneficiarse más que el resto de la península. La guerra con Inglaterra fué ya un rudo golpe á esta prosperidad, que se convirtió en ruina casi completa con la ocupación francesa, uno de los más crueles y trágicos períodos de nuestra vida social (1).

Al desalojar las tropas francesas nuestro territorio surgía ya la Cataluña moderna, distinta del todo de la anterior, con nuevas orientaciones todavía mal definidas y con una conciencia todavía confusa de un espíritu regional que había de despertarse y vigorizarse más y más cada día. Nuestra ciudad se adelantó entonces á todas las de España en sus iniciativas de progreso material y moral, llegando hasta abrir exposiciones de los productos del esquilado país, cuando Europa no soñaba todavía en ellas (2).

Uno de los primeros síntomas de esta restauración fué la aparición en 1815, en Barcelona, de una modesta sociedad llamada *filosófica*, compuesta de jóvenes deseosos de dedicarse al cultivo de las bellas artes y de las ciencias; de ella habían de salir los apóstoles de nuestra cultura y del primer movimiento romántico que despertó nuestra conciencia regional, y

(1) PIERRE CONARD. — *Napoléon et la Catalogne, 1808-1814. La captivité de Barcelone.* — Paris, 1910 (Un volumen de XLIV+473 págs.) pág. 368: «Les Catalans, ruinés dans son territoire, ruinés dans leur commerce et dans leur industrie, sont aujourd'hui peut-être les plus exaspérés de tous les Espagnols», decía en 1810 un escritor francés contemporáneo.

(2) La Academia de la Historia de Madrid decía en días no muy lejanos á aquellos tan aciagos, con motivo de la preparación de la obra de Torres Amat, «que en Cataluña se han refugiado y hallado generoso fomento algunos restos de la ilustración que va conocida-mente á menos y aun amenaza apagarse totalmente en otros puntos de la península». Cita este curioso testimonio D. Francisco M. Tubino, en su *Historia del Renacimiento literario contemporáneo de Cataluña, Baleares y Valencia.* — Madrid, 1880, pág. 144.

sobre todo aquél á quien Milá por antonomasia ha apellidado el padre de la escuela catalana, el famoso D. Buenaventura Carlos Aribáu (1798-1862).

Cúpole á este ilustre varón vivir en un período bien aciago de nuestra historia, que presenta dos aspectos distintos y muy marcados; uno de lucha terrible, en que todos los españoles se unieron contra el enemigo común; otro de no menos terrible contienda, en que los españoles se combatían encarnizadamente y con igual intolerancia en nombre de opuestos ideales. Entre tan crueles é incesantes contrariedades, como acabamos de indicar, se abrió difícil y confusamente paso nuestra personalidad étnica y nuestra conciencia, y Aribáu fué uno de los hombres escogidos que la despertaron y encauzaron. Pocos reunieron en nuestro suelo tal diversidad de aptitudes, tan sólida y profunda preparación, dotes tan extraordinarias de talento y energía de carácter, como nuestro Aribáu, á quien pocos también habrán superpujado en el conocimiento de las letras latinas y castellanas. Hablista consumado en ambas lenguas mereció ser calificado por el gran Quintana, de primer prosista de su tiempo. El fué quien levantó á la literatura castellana el más excelso monumento de su gloria en la *Biblioteca de autores españoles*, continuada aún en nuestros mismos días por el más eminente de nuestros críticos, ejemplo de supervivencia y de solidez no alcanzado por ningún otro monumento intelectual de nuestra historia.

A Aribáu se debe también la primera colección de versos que, escritos en lengua castellana, se haya publicado en nuestra patria á principios del pasado siglo, y tal vez la única colección de ellos desde los días de Boscán y Setantí. Pero no es este ensayo pueril, dado á luz en 1817 (1), lo que le hubiera merecido la justísima inmortalidad de que goza. Estas poesías, que sólo en algún asunto local muestran su filiación catalana, caen de lleno bajo la retórica grandilocuente y vacía ó dulcemente afectada del pseudo-clasicismo derivado del siglo XVIII, y en nada hacen presentir al futuro redactor del *Europeo* y al original y vibrante cantor de su patria. Y no obstante, hasta la aparición de Cabanyes, es el único tributo de relativa valía de la nueva Cataluña á la lengua de Castilla, y con los *Preludios de mi lira* (1833), y los *Estudios literarios* de Milá (1833), señalan las tres orienta-

(1) *Ensayos poéticos* de D. BUENAVENTURA CARLOS ARIBÁU. Danse á luz por algunos amigos del autor. Barcelona. En la Imprenta de Dorca. Año 1817. Un vol de 93 págs. en 16.º.

ciones perfectamente deslindadas de nuestra escuela poética, á saber: la pseudo-clásica, la verdaderamente clásica, y la romántica, la última de las cuales es la que triunfa en definitiva sobre las dos anteriores y hasta sobre la misma romántica de importación castellana, que nació casi con ella.

El espíritu propio y las vicisitudes más importantes de nuestra escuela poética hay que rastrearlos y seguirlos en las dos apariciones sucesivas del romanticismo catalán, cuya paternidad, á mi ver, no hay que buscar exclusivamente en el Duque de Ribas, ni en Espronceda, ni en ninguno de los autores del romanticismo madrileño, sino en López Soler y en el mismo Aribáu, cuya oda á la patria es á la vez un grito romántico, inconsciente y originalísimo, y el punto de partida inicial de nuestra *renaixença*.

No caeré en la candidez de definir de nuevo el romanticismo, ni de reseñar sus orígenes históricos tan conocidos. Para algunos es una descomposición y dislocamiento del concepto y de la vida ordenada del arte; para otros una revolución literaria abominable y perjudicial; sublime grito de rebeldía para muchos; para los más, el evangelio literario de los pueblos libres. Su bandera ha sido tremolada por las escuelas más opuestas; unas veces en nombre de la tradición y del espiritualismo, otras en el del ateísmo y de la negación. Ora ha sido un águila de vuelo asombroso, que en su embriaguez de lo infinito, según mi doctísimo y admirado amigo Arturo Farinelli (1), ha querido recorrer los países más lejanos y desconocidos, prontas las alas á todo nuevo horizonte, para posarse en todas las cumbres sagradas del genio; ora el buho solitario que se complace en llorar, á la luz de la luna, sobre las ruinas de lo pasado. Fué un rugido de rebeldía y de desesperación, ó un arrobamiento inefable de goces suprasensibles. Fué el hosanna de resurrección de las almas de las naciones dormidas; y el eco de las voces de todos los pueblos nacidos á nueva vida.

Su desarrollo no puede encerrarse en tiempo ni en espacio determinados, ni su credo en precisos términos, ni su aparición fué simultánea en todas partes. En España, por efecto de funestas circunstancias políticas, fué más tardía que en Francia, y sobre todo que en Alemania, que en cierta manera puede consi-

(1) *Il Romanticismo in Germania*. — Bari, 1911. Vid. págs. 61, 68, 91 y otros pasajes de esta notable obra.

derarse como su cuna; pero no puede decirse lo mismo de Cataluña, donde se alzó, en noche oscura, como un faro luminoso, aunque de efímera existencia, que anunció con algunos años de antelación la proximidad de la tierra prometida. En nuestra famosa revista barcelonesa *El Europeo* es donde hemos de buscar en España esa temprana aurora del romanticismo.

Se ha querido disputar á Barcelona la primacía en dicho movimiento, recordando la apasionada polémica que desde las columnas de la *Crónica científica y literaria* de Madrid sostuvieron, por los años de 1817 á 1819, D. Juan José de Mora y D. Antonio Alcalá Galiano contra el *Diario mercantil* de Cádiz, donde un hispanista alemán, el padre de la ilustre Fernán Caballero, defendía la oportunidad del retorno á la tradición dramática castellana; se ha querido ver también en las primeras ediciones de Valencia de algunas producciones románticas francesas, como *Atala* (1803), y sobre todo en la notable y nutrida colección de novelas extranjeras que en 1818 comenzó á publicar allí el famoso librero Cabrerizo; se ha querido encontrarlo, por último, en la *Elvira* (1821) del escritor montañés Trueba y Cosío, preludio en el espíritu y en las formas dramáticas de las nuevas ideas, y germen de las producciones históricas y legendarias del futuro autor de la *España romántica*. Atisbos y anticipaciones como las indicadas las halláramos también en Capmany y en Jovellanos, panegiristas del arte gótico y de la historia medioeval; en Mor de Fuentes, traductor del *Werther* de Goethe y del poema de las *Estaciones* de Thomson (1), y aun en otros escritores de fines del siglo XVIII y principios del XIX: lo que si no podríamos encontrar en ninguno de ellos, ni en los datos y hechos sueltos indicados, es el sentimiento consciente y reflexivo de una nueva escuela y dirección, la exposición y el panegirico de una nueva doctrina, como los hallamos en *El Europeo*. Hasta el nombre harto significativo que adoptó esta revista, que apareció en 1823, en circunstancias políticas bien aciagas, muestra claramente una nueva orientación, y por la calidad y proce-

(1) A pesar de estos ensayos, y de haber vivido este escritor,—tan estrafalario como dotado de ingenio—en Barcelona, en los años cabalmente en que floreció con más intensidad el movimiento romántico, y de haber colaborado en *El Vapor*, fué siempre un clasicista cerrado é intolerante. Son notables los insultos que disparó contra Víctor Hugo y demás *piara de barbarizantes* (así calificaba á los románticos), y contra el *Uorón* Lamartine. «Parece innegable, decía con el mayor aplomo, que en el día no hay un poeta, ni un orador eminente en toda la Francia». *Bosquejillo de la vida y escritos* de D. JOSÉ MOR DE FUENTES, delineado por el mismo. Barcelona. Imp. de D. Antonio Bergnes, 1836.—En 16.º, de 288 p. Vid. págs. 171, 173 y 175.

dencia de algunos de sus redactores, viene á ser en España un reflejo luminoso, aunque momentáneo, de la cultura literaria de Europa en aquella época (1).

No se ha insistido, á mi ver, todo lo que se merece, en la significación del *Europeo*, no en cuanto á la exposición de las nuevas doctrinas, sino á la difusión de las literaturas románticas extranjeras, uno de sus más curiosos aspectos. La precocidad del *Europeo* en el movimiento romántico de España nunca será bastante ponderada. En sus páginas casi seguimos paso á paso la revolución literaria de Europa y sorprendemos la aparición de los grandes genios innovadores, y hasta les vemos juzgados por vez primera. El grupo del *Europeo* es casi contemporáneo del primero romántico francés, capitaneado por Charles Nodier, que hizo su campaña en la *Muse française* (1823). Es la única representación que tiene en España el romanticismo anglo-sajón, distinto del segundo romanticismo del año 1830, más ruidoso, cuyo centro principal hallamos en Francia. Todavía no habían alzado ni Víctor Hugo, ni Alejandro Dumas la bandera de su escuela, que no se encerró meramente en el orden literario, sino que tuvo un carácter agresivo, revolucionario y social muy marcado.

Los redactores del *Europeo* bebieron los nuevos ideales en más puras fuentes: en los Schlegel, en Manzoni y Walter Scott. Del pontífice y dogmatizador de la iglesia romántica, como le llama Farinelli, tomaron el espiritualismo y la afirmación del sentimiento cristiano, en ellos vivo y ferviente, y que no necesitaba, por lo tanto, ser importado; de Manzoni el realismo y la austera humildad, el espíritu práctico, remedio infalible contra la dolencia romántica, y hasta las leyes del buen sentido de la preceptiva literaria contra las artificiosas unidades; del último, el sentimiento patriótico, el espíritu leyendario y tradicional, el amor á la tradición popular. Manzoni dió solemne entonación al despertar de la musa catalana; el bardo de la Escocia dió á Cataluña, de un modo reflejo, la visión poética de su Edad Media y la conciencia de su alma nacional.

Para los redactores del *Europeo* había una enorme distancia entre los poetas, hijos de las escuelas, que todo lo sacan de las

(1) *El Europeo*. Periódico de ciencias, artes y literatura, por los Sres. Cook, Aribáu, L. Monteggia, López Soler y Galli. Barcelona. Imprenta de Torner — Tomo único de 1823. En 8.º; 408 págs. El de 1824 consta de 2 volúmenes de 400 y 140 págs. respectivamente.

reglas aristotélicas; y los *inmortales hijos del genio que todo lo sacan de la naturaleza y del corazón*. Les encantaba la *Donna del Lago* de Rossini, porque en ella creían oír los cantos de Caledonia y las encantadoras melodías de los hijos del Morven. Schiller era para ellos el Shakespeare de Alemania y el poeta que mejor conoció los resortes del corazón humano; Byron, el padre del romanticismo exagerado; Walter Scott el primer romántico de nuestro siglo.

En las revistas del *Europeo*, llenas de noticias literarias del extranjero, con una copiosa información de este género, que tardó muchos años en aclimatarse en España (*El Vapor* volvió á ofrecer un ejemplo de ella), se daba cuenta de la traducción de Shakespeare de Guizot, de la de las obras dramáticas de Schiller por Barante y de las de Byron por Pichot; se anunciaban las novelas de W. Scott, á medida de su aparición; el *Quintin Durward* y el *Ivanhoe*, que señala la cumbre de su producción novelesca, y se juzgaba á su autor por primera vez en España como novelista; se saludaba la publicación de las *Crónicas francesas* de Buchón, y al propio tiempo se daban á conocer largos episodios del *Sacuntala*, fragmentos de la *Ildegunda* de Grossi, idilios de Gesner y de Bronner, poesías de W. Collins y cantos de Ossian (1).

Mad. Stael había dicho: *desormais il faudra avoir le goût européen*. Nuestra revista cumplió al pie de la letra este consejo y se ajustó perfectamente á su título. Es el primer ensayo de europeización de las letras españolas. Pero fué todavía más allá y en ella quedó hondamente grabada la huella del cosmopolitismo que distingue el primer período de la escuela romántica. No parece sino que, á semejanza de Goethe, sintieran los redactores del *Europeo* el prestigio de toda tierra lejana que encerrara un misterioso fuego de vida. En más reducida esfera fué dicha revista un eco del culto por la *Welt-litteratur*; divulgado por el gran poeta alemán. De este fervor exótico nació el orientalismo en que éste tanto se complugo, y que le llevó á aspirar los aromas de Persia y de la Arabia y á bañarse en las sagradas ondas del Ganges.

En esta revista se revela cabalmente una de las figuras más interesantes de nuestro primer romanticismo, cuyo nombre es inseparable del de Aribáu y de los dos esfuerzos más señalados

(1) *Canto de Dorval* en uno de los poemas de Ossian. *El Europeo*, t. II, pág. 135.

que en el periodismo se hicieron en nuestro suelo en favor de los nuevos ideales, á saber: *El Europeo* y *El Vapor*. Nos referimos al manresano D. Ramón López Soler († Madrid 1836), fecundo escritor digno de estudio y á quien se ha dejado en un innmerecido olvido. Es, sin duda, el primero de los románticos españoles y el más romántico de nuestros poetas, con un tinte de melancolía y de exquisita sensibilidad que le da ciertos rasgos parecidos á D. Nicomedes Pastor Díaz.

Nuestro Milá, que le recordaba siempre con simpatía y que se sabía de memoria alguna de sus poesías de delicada y tierna suavidad, decía de él, que poseía el lenguaje propio de la narración romántica que muy pocos entonces conocían, y que era además, un versificador distinguido que figuró dignamente entre los mejores escritores de la corona fúnebre dedicada á la duquesa de Frias. Milá veía también en él, en cierta manera, como descriptor de las costumbres caballerescas y amante de la historia y del espíritu de la Edad Media, al predecesor del autor de los *Recuerdos y bellezas de España*.

Como Piferrer estaba dotado de suma sensibilidad, de un ingenio claro y despierto, de una amena instrucción, más amena y variada que profunda; sentía el arte con delicadeza y tuvo en él adivinaciones geniales, como la de gustar la energía de los cuadros del Greco, que se le antojaba á la vez *bárbara* y *sublime*. Es, además, el poeta más fácil y musical de cuantos han dejado un nombre en la escuela catalana de aquella época, así en el habla de Castilla como en la suya materna, que manejó diestramente en alguna corta muestra. Su pereza intelectual y su ligereza de carácter le llevaron á abusar del plagio, haciéndose famoso, en tal concepto, su *Caballero del Cisne*, primer ensayo de la novela romántica histórica en castellano; amalgama del *Ivanhoe*, del *Waverley*, de la *Parisina* y del *Giaour*, con desmañadas atribuciones al trovador Cabestany (1).

La epidemia de 1821, los disturbios políticos que tan duramente aquí repercutían y sobre todo la terrible reacción de 1824, vinieron á interrumpir y esterilizar, casi por completo, la intensa obra de restauración intelectual iniciada en Barcelona en el breve período constitucional. El nuevo régimen se ensañó

(1) *Los Bandos de Castilla ó El Caballero del Cisne*. Novela original española. Valencia. Imprenta de Cabrerizo, 1830. En tres tomos en 16°

á la vez contra las personas y contra las ideas; contra todo cuanto trascendiera á vida cultural; se suprimieron periódicos; se prohibió la impresión y circulación de gran número de libros; se cerraron muchos centros docentes y hasta llegó á pedirse al monarca, por uno de ellos, que se alejara de nosotros la peligrosa novedad de discurrir.

Diez largos años duró esta vergonzosa interdicción mental, sin precedentes en nuestra historia, aun en los tiempos que se ha dado en creer de durísima intolerancia (1) y durante ella, repitiéndose el caso de una emigración intelectual en masa, como sucedió con la inicua expulsión de los Jesuitas en los tiempos de Carlos III, fueron á derramar la luz de la inteligencia á otros países más afortunados, los escritores y los pensadores más ilustres de la península; los Quintana, Martínez de la Rosa, Juan Nicasio Gallego, Navarrete, Martínez Marina, Vargas Ponce, Argüelles, Gallardo, Tapia, Puigblanch, Trueba y Cossío, Meléndez, Moratín, Conde, Hermosilla, Burgos, el abate Marchena, Llorente y otros menos conocidos. Así se arrastró nuestra patria por la abyección hasta 1834, en que muerto aquel *tirano de las letras*, como le llamaban los emigrados de Londres, firmó Doña María Cristina el Estatuto, que restauraba en la monarquía el régimen representativo y devolvía á la nación su dignidad política é intelectual.

El grupo del *Europeo* se disolvió: López Soler, perseguido por sus ideas, se refugió en Valencia; Monteggia y Gallí desaparecieron también de la escena; las necesidades de la vida obligaron á Aribáu á abandonar esta ciudad; y Altés y Guarena, conocido por exaltado, había tenido que emigrar al extranjero (2).

(1) Decía Bretón de los Herreros en el *Boletín de comercio* de Madrid (1832-34) á propósito de ello, el 11 marzo de 1834, apenas librado de la estolidez de aquella persecución:

«El peso opresivo de la censura, los obstáculos que impedían la circulación de libros extranjeros y otras causas, que no es grato recordar, lograron entumecer el ingenio español, y resfriarle de tal suerte, que ni aun divertirnos osábamos en castellano. Se había llegado á hacer sospechoso el saber la historia ó hablar de ella, y por mucho favor y á mucha costa podía alguna vez lograrse que viese el público una descolorida traducción de Walter Scott, despedazada en la censura, ó parte de alguna comedia de Scribe, á cuyos personajes se les conocía que estaban enfermos del censor, hasta en el traje. A tanto llegó en otros días la furia de censurar que nos admirábamos al leer á Quevedo, á Cervantes, á Feijoo ó al mismo Calderón, ó á Moreto, de ver que les pasasen sus obras, cuando hace un año seguramente se las hubiesen prohibido». — LE GENTIL: *Les Revues littéraires de l'Espagne pendant la première moitié du XIX siècle*, París, 1909, pág. 40.

(2) Altés y el Marqués de Casa-Cagigal fueron los únicos, que fuera del grupo mencionado del *Europeo*, alcanzaron alguna notoriedad literaria en Madrid, sobre todo por sus

Durante el vergonzoso decenio puede decirse que el *Diario de Barcelona* era el único periódico político y el único palenque público de vida intelectual. Convertido en pedestre miscelánea facilitaba *aquel prurito de versificación*, que según expresión de Roca y Cornet, se había apoderado entonces de nuestros jóvenes escritores. Algunos de aquellos ensayos fueron reproducidos por los diarios de la corte, tales como el *Correo Literario* y las *Cartas Españolas*. Pero toda la producción de este período insignificante no interesa á nuestro objeto, y cae por completo fuera de las orientaciones que con tan vigoroso impulso había empezado á señalar *El Europeo*. La costumbre tan extendida entonces, así en el género lírico como en el dramático y aun en todo trabajo literario, de ocultar los autores sus nombres bajo iniciales, pseudónimos estrafalarios, nombres invertidos y toda suerte de ridículas combinaciones, hace muy difícil rastrear hoy cuales serían los poetas que figuran en aquel lúgubre decenio, que separa como un abismo, el primero del segundo romanticismo. Los que hasta ahora he logrado conocer, son los nombres ó los pseudónimos de Ayguals de Izco, Altés y Gureña (Selta y Runega), Marqués de Casa-Cagigal (Gaca) Manuel Andrés Igual, Roca y Cornet (Cintio) y Agustín Aicart (Tracia). Andrés Igual, oscuro escritor de circunstancias, dió á luz, en 1829, una insignificante colección de novelas con el título de *Virtud y vicio*, hecho no muy común en aquel entonces, en que tan desconfiada era la censura que hasta hizo fracasar en 1828 el intento de Aribáu, Menart é Ignacio Sanponts de for-

producciones dramáticas, á pesar de ser tan insignificantes. En 1812 el gran actor Maiquez representó en Madrid el *Gonzalo Bustos de Lara* de Altés, tragedia en que la leyenda de los Infantes se trataba á la manera clásica á que tan aficionado era aquel actor. *El Mudarra*, segunda parte del *Gonzalo*, mereció un elogio de Moratin, que tuvo ocasión de conocerla, en casa del Marqués de Casa-Cagigal, durante su larga estancia en Barcelona. Cuenta Altés que Moratin le vió en el teatro y le dijo: «Ha sido V. feliz en la versificación, especialmente en la del acto tercero; lástima que Mudarra no pueda convertirse en un hijo legítimo». *Gonzalo Bustos de Lara*. Tragedia original en 5 actos, representada en los teatros de Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza y otros varios de España, por D. FRANCISCO ALTÉS. Barcelona. En la imprenta de Tomás Gorchs (sin año), pág. VIII del prólogo.— En 1819 se dió á conocer también en Barcelona, D. Joaquín Roca y Cornet, íntimo amigo de Cabanyes, con su oda á la *Expedición ultramarina*, y había alcanzado asimismo alguna fama, como lírico, Ayguals de Izco, que tanto renombre obtuvo luego en Madrid como escritor romántico. En esta época Ayguals imitaba á Quintana y también á Moratin, cuyos triunfos celebró en verso y cuya muerte lloró en una oda de corte manzoniano. Fué además infeliz imitador de Quintana, por influjo quizás de Aribáu, el antes citado Marqués de Casa-Cagigal. Bastará aquí que recordemos su oda *A la Mocuencia*. Canto leído por su autor en la Junta de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona el 29 de noviembre de 1819. En la oficina de Garriga y Aguasvivas, año 1820. — Un foll. de 8 págs. en 8.º

mar una sociedad para publicar en castellano obras escogidas de Walter Scott (1).

Este interesante propósito, que nos vuelve de nuevo al que nos ha movido á escribir el presente bosquejo de nuestro romanticismo poético, demuestra que aun á despecho de aquel período de prueba, en que vivimos fuera de la solidaridad intelectual de los pueblos, la semilla de la regeneración literaria, arrojada al surco por nuestros padres, no había caído en tierra ingrata y estéril, sino que había de germinar y brotar vigorosa en el nuevo florecimiento que ya se avecinaba. Otro dato de esta época, por cierto bien peregrino, lo confirma. Walter Scott, en pleno predominio de una literatura insulsa y gastada, seguía reinando en los espíritus. En 1829 el poeta que en el *Diario de Barcelona* se dió á conocer, dos años antes, con el anagrama de A. Tracia y cuyo verdadero nombre de Agustín Aicart nos ha revelado Milá y Fontanals, sin darnos de él, por desgracia, otra noticia, publicaba elegantemente traducida en silvas castellanas la *Visión del Rey Rodrigo*, del famoso bardo escocés (2).

Poco antes de que la nueva generación literaria nos condujera al doble triunfo del romanticismo y del renacimiento catalanista, que en nuestras letras se confunden en una misma corriente, había de aparecer en el ciclo de nuestra poesía, como astro solitario y efímero, uno de los genios más originales que han producido las letras nacionales, llevando á las nuevas generaciones y á los nuevos ideales, que de su influjo también participaron, semillas de buen gusto y de serenidad intelectual que fructificaron en los espíritus más selectos de la escuela catalana.

Cuantos más años pasan más crece en la estimación de los críticos el valor de la reducida producción del joven D. Manuel Cabanyes (1808-1835), que apareció anónima en 1833, y más superior se le encuentra, dadas las circunstancias en que vió la

(1) Debían encargarse de las traducciones López Soler y Juan Nicasio Gallego, que se hallaba entonces en Barcelona. Por iniciativa de Aribáu emprendió también más tarde éste último su clásica traducción de los *Novios* de Manzoni.

(2) *Visión de D. Rodrigo*. Romance inglés de Sir Walter Scott. Traducido libremente en verso español por A. TRACIA.—*Barcelona*. En la Imprenta de V. é hijos de Brusi. Año de 1829. Un tomo muy bien impreso de 120 págs. en 16.º Es obra muy rara y que no he visto citada en el *Diccionario* de D. Antonio Eliás de Molins.—Torres Amat sólo da noticia de la siguiente obra de Aicart. «Compendio de mitología ó historia de los Dioses y héroes fabulosos, por J. M. H., precedido cada artículo de un sumario en verso por A. Tracia.—*Barcelona*: por Miguel Sauri. 1828.—Un tomo en 8.º»

luz, á su tiempo y su patria (1). Cabanyes es una personalidad vigorosa y sin precedentes en la historia de la lírica española; dentro del humanismo es la única figura europea que se nos ofrece digna de codearse con Andrés Chenier en Francia y con Hugo Fóscolo en Italia. Idéntico papel hace en España; mas, como reconoce Valera, por coincidencia y no por imitación, con brío y aptitud no menores, si bien menos completa y brillantemente por no consentirlo la brevedad de su existencia. La novedad de su entonación, su sinceridad, aun dentro de exquisitos tópicos artísticos, y cierta noble y austera arrogancia son las dotes que más nos cautivan en aquel joven extraordinario, que muestra cuan sólida y amplia era la instrucción que en las aulas de nuestra ciudad se recibía en aquellos tiempos en que aun florecían las escuelas conventuales y los estudios de Cervera, grandes centros de cultura clásica, que hasta ahora jamás han sido dignamente substituidos, ni superados. El poeta catalán señala una nueva orientación en las ideas literarias, cuando sumida España en la rutina de un clasicismo falso no se había percatado todavía del cambio en ellas sobrevenido en las demás naciones.

Pero al lado del culto por la forma purísima pagana y de su viril independencia, observamos cierta sequedad y dureza en que nos parece sorprender de lleno el espíritu catalán, amante ante todo de la franqueza y de la precisión, así en el fondo, como en la forma, aun á trueque de aparecer rudo en los sentimientos y áspero en la expresión. Ausias March y Cabanyes, en estas cualidades ó en estos defectos, son dos almas gemelas.

Sobre mis cantos la expresión del alma
vuela sin arte;

dice el segundo en su oda á la *Independencia de la poesía*, ni más ni menos que el primero, que exclamaba en un pasaje:

Lija mos dits mostrant pensa torbada,
sens algun art;

y que en otro manifestaba, que adrede, en aras de la sinceridad, huía del estilo de los trovadores,

qui per escalf transpassen veritat.

(1) *Preludios de mi lira*. — Barcelona, Imprenta de A. Bergnes y C.^a (sin año). Un vol. de 69 págs. en 8.^o

Hermanos son también uno y otro en la energía y en la individualidad de su alma, en lo inarmónico de su forma, y hasta en la tendencia romántica que en el fondo de ambos sorprende-mos, á pesar de pertenecer á escuelas tan opuestas. Esa tentativa heroica de restauración del humanismo en la poesía, con rudezas de almogávar, con arrogancias á lo Byron y fierezas á lo Alfieri, mezcladas con dulzuras lamartinianas, no fué comprendida en España, donde nunca el parnasianismo puro, ni el mitigado, han podido incorporarse á la poesía nacional, cual ha sucedido en Francia y en Italia, á excepción de la poesía catalana, en la que la aparición de las soberbias *Horacianas* de Costa y Llobera, despertó un gran entusiasmo y alzó una nube de imitadores. Ni Quintana, en cierto modo, ni Hermosilla comprendieron á Cabanyes. Bastante hizo el primero en reconocer en nuestro poeta la enérgica savia de una nueva escuela (1); el segundo sólo le puso reparos de dómine sin ver el alcance de la prematura floración, ni la fuerza de aquel iniciador glorioso, que anunciaba y preparaba con su propio clasicismo helénico, más sentido que bien interpretado siempre, el advenimiento de la poesía romántica, y sobre todo de una más alta y por desgracia aquí pocas veces realizada poesía, inspirada sólo en la naturaleza y en el calor del alma y libre de todo convencionalismo. Cabanyes tuvo imitadores en nuestra tierra; pero no puede decirse que entonces formara escuela, porque no estaba preparada para recibir su poderoso aliento aquella generación suya contemporánea, sacudida ya por las ráfagas del romanticismo. Sus discípulos, como suele sucederles á los grandes genios, por punto general sólo imitaron sus defectos, ó la parte más externa y material de sus atrevidas innovaciones, no lo más hondo y trascendental de ellas (2). Cerca de medio siglo había de

(1) D. Sinibaldo de Mas, autor del *Sistema métrico de la lengua castellana*, escribía á Cabanyes que tuvo un gran placer «en oír de boca del Sr. Quintana que sus poesías le habían gustado sobremanera; y que entre todos los que escribían en el día no había visto tan robustos pensamientos, laconismo, sublimidad y acierto en la distribución de la composición como en V... El fué quien preguntó si le conocía á V. y contestándole que *mucho* me respondió: «Ya me lo figuraba yo, porque al momento he visto que era de la *moderna escuela catalana*». Conque ya ve V. que el Sr. D. Manuel Quintana reconoce en nosotros una *escuela*, y que no la desprecia». — *Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX*... por D. ANTONIO ELÍAS DE MOLINS. Barcelona, 1889, tomo I, pág. 344.

(2) D. Sinibaldo de Mas, con mucho menos talento poético y mayores atrevimientos, trató de seguir muy pronto las huellas de Cabanyes. Otro tanto hicieron el mediocre Alcover y sobre todo Roca y Cornet, su más querido amigo —el más antiguo admirador de Lamartine, entre nuestros poetas— que cantó sentidamente su muerte. En Milá y Fontanals se percibe, en su precoz poesía *Mi cumpleaños*, el aleteo de la rúsa de Cabanyes, que inspiró tam-

transcurrir antes de que hallase un digno continuador en los montes de Cantabria, libres y fieros como los de su patria, en Menéndez y Pelayo, que volvió á hacer resonar con la misma bravía independencia y con su misma solemne energía, las cuerdas de aquella lira admirable tan tempranamente rota en los campos del Pauadés.

Las postrimerías del régimen absoluto coinciden con la *reaparición* del romanticismo catalán, que surgió en 1833 en las páginas del *Vapor*, con los mismos caracteres con que diez años antes se había revelado en las del *Europeo*. Casi los mismos hombres fueron también los fundadores de uno y otro periódico; idénticas las circunstancias políticas que favorecieron su nacimiento, entre auras de libertad y de esperanza, é iguales los ideales que en edad más madura alentaron sus corazones. En el *Europeo* se reveló la generación de los padres de nuestro renacimiento catalán; en *El Vapor* surgió á su lado, en 1836, la de los apóstoles que debían predicarle y llevarle á cabo.

Nos fijamos únicamente en estos dos periódicos con preferencia á otros de ambas épocas, en que el régimen liberal dió inusitada expansión á la prensa — que se aprovechó ampliamente de ella — por su valor representativo en el movimiento de que fueron eco, por la influencia que en el público ejercieron y por la calidad de sus colaboradores, de más alta significación literaria que otros directores de la opinión pública.

Si tratásemos de escribir una historia detallada del movimiento intelectual de aquel tiempo, bien se nos alcanza que hubiéramos tenido que consultar, una á una, otras publicaciones similares contemporáneas del *Europeo* ó del *Vapor*, tales como *El Constitucional* ó *El Guardia Nacional*; pero lo creemos innecesario en trabajo destinado sólo á trazar las líneas generales y las más salientes figuras del cuadro.

bién *Mos cantars*, la poesía más correcta y sobria de mi Padre. Hasta los románticos más revolucionarios y rebeldes á toda disciplina literaria, como Pedro Mata y Ribot y Fontseré le respetaron, y el primero, sobre todo, se lanzó ciegamente á poner en práctica sus innovaciones métricas, con muy dudoso gusto y con escasísimas dotes líricas, calcando infelizmente sus formas y pensamientos en una oda *A la poesia*, que pensaba sirviera como de prólogo y programa á una colección de ellas, del mismo género, que creo no llegó afortunadamente á publicarse. De esta suerte excitaba desde las páginas del *Vapor* á imitar el ejemplo de Cabanyes. «Olvidemos, decía, la monotonía escolástica (sic) de las octavas reales, la dura precisión del limitado soneto, la difícil cadencia de los tercetos epistolares; introduzcamos en las silvas muchos versos libres, y lancémonos por fin, ya olvidados de las concordancias, á cualquier metro de nueva invención».

Después del decenio, *El Vapor* es, en Barcelona, el primer periódico que preludia el despertamiento del espíritu público intelectual. El romanticismo anglo-sajón, introducido por *El Europeo*, quedó latente en la generación que lo inició; y aun se dejó sentir al principio en la vida del mismo *Vapor*, el cual trasladó su influencia á una nueva generación más nutrida en los modernos ideales, que no tuvo que mendigarlos fuera de su país, y que hizo de ellos su blasón intelectual; una vez se hubo calmado la admiración despertada por el romanticismo francés y castellano.

La cuestión literaria en España más importante en 1834 y 1835, fué cabalmente la penetración de dicho *romanticismo francés*, que en Cataluña se sintió en parte directamente y sin necesidad de ajenos estímulos, y en parte, no despreciable, por el vehículo natural de las letras castellanas. La *Revista española* primero (1832-1836) y *El Vapor* (1833-1837) casi inmediatamente, nos permiten precisar con exactitud los avances simultáneos de esta nueva fase del romanticismo en Madrid y Barcelona.

Mas antes el sentimiento catalán dió en *El Vapor*, casi á raiz de su aparición, el primer grito de su restauración espiritual, en la solemne *oda a la patria*, de Aribáu, que para aquella generación sonó á la vez como un himno romántico y como un canto patriótico (1).

En *El Vapor*, como en 1820 en aquella notable publicación, — por desgracia de tan efímera vida — titulada *El Periódico Universal de Ciencias, Literatura y Artes*, dirigida por D. Ignacio Sampons y Barba — uno de los iniciadores de la escuela jurídica catalana — se planteó de nuevo también la afirmación de nuestro criterio particularista, ya en el orden del derecho, al tratar de dar una idea de nuestras Cortes de Cataluña; ya en el orden histórico, con motivo de la reimpresión de la crónica de Pujades; ya en el orden literario, al hablar del premio concedido por el Ayuntamiento de Barcelona á la mejor composición poética en honor del Estatuto de 1834. Este hecho, sobre todo, inspiró á López Soler un entusiasta artículo, considerándolo como un re-

(1) El título con que se publicó la oda en el diario barcelonés es: *La Patria. Trobas*. La nota que la acompaña dice así: «Esta composición, escrita para celebrar los días del señor D. Gaspar Remisa, es obra de la selecta pluma de D. Buena Ventura Carlos Aribáu. Lo presentamos á nuestros lectores con el fin patriótico con que presentaría un escocés los versos de Sir Walter Scott á los habitantes de su país». *El Vapor*, núm. 68. (24 agosto 1835).

cuerdo de los antiguos Juegos Florales y una evocación del espíritu del Gay Saber y de las glorias catalanas.

El romanticismo castellano, cuya aparición fué saludada en 1834 en *El Vapor* con tanto entusiasmo por D. Andrés Fontcuberta (Covert-Spring) en sus versos dedicados al estreno del *Don Alvaro*, se impuso en un grupo de intelectuales de aquel tiempo, más notable por el número, que por la calidad. En el movimiento de la Corte los escritores románticos de valía formaban legión, mientras aquí á la sazón lo eran de tercera ó cuarta fila. Los príncipes de nuestra cultura literaria aparecieron más tarde que los corifeos del romanticismo castellano. La muerte acababa de arrebatarnos al excelso Cabanyes, que valía por muchos, y los azares de la fortuna habían llevado á Madrid á Aribáu y López Soler, los padres de nuestra escuela tradicional.

Pero no es aquel suceso literario lo que hace más interesante al *Vapor*, sino la presentación de otra gloriosa generación que llevó á la práctica los nuevos ideales, cuyo fruto indirecto y lejano fué el catalanismo. En dicho periódico se dieron la mano las dos generaciones que marcaron nuevos rumbos á nuestras letras, la del *Europeo*, y la de aquellos grandes educadores de la moderna Cataluña intelectual, y con ellos muchos otros de menor importancia que aparecieron también por los años de 1836 y 1837. Casi ni un solo nombre de estos escritores deja de figurar en las páginas del *Vapor* en estos dos últimos años de su existencia: Pedro Mata, Juan Illas, Antonio Ribot, Josefa Masanés, José Semis, primero; más tarde, Camprodón, Milá y Fontanals, Pablo Piferrer y Rubió y Ors.

En esta época ya se dibujan claramente los dos grupos en que ha de dividirse el romanticismo catalán; el de los que ciegamente y con escasa fortuna han de seguir las huellas de los literatos de la corte, sobre todo de los que constituyeron la brillante pléyada del *Artista*, agrupación parecida á la del primer *cenáculo* francés; y el de los independientes, restauradores de la tradición nacional, de forma más avara, más original y sugestiva, que sentían un culto más respetuoso por la musa septentrional y la lombarda, que por la francesa. Adoraban á Walter Scott y Manzoni, más que á Byron y Victor Hugo; sentían más preferencias por la tendencia objetiva ó histórica, que por la subjetiva y neurasténica del ultra-romanticismo, que engendró el frenetismo y las almas incomprensibles y solitarias, porque aquí, como ha observado muy acertadamente el profundo crítico

D. Miguel S. Oliver (1), palpitaba un problema distinto del dolor individual eterno, ó de las airadas aspiraciones á las reformas sociales y políticas; el problema colectivo, la absorción de la raza, la atrofia violenta y todavía no olvidada de un gran organismo político, y delante de esta profunda pena nacional desaparecían los egoístas dolores individuales, las desesperaciones satánicas, las sombrías figuras de los rebeldes, de los fracasados, de los melancólicos, los René, los Manfredos, los Chatterton, los Antony, y otros héroes creados por la hipertrofia de la sensibilidad romántica.

No es posible despedirse del ciclo literario que se presenta en la segunda época del *Vapor* sin consagrar un ligero recuerdo á D. Antonio Ribot y Fontseré en quien el romanticismo exótico, que no había de echar raíces en nuestro suelo, tomó un carácter agudo, hasta convertirlo en preceptista de la misma escuela. Este carácter se manifiesta sobre todo en el extraño libro titulado *Emancipación literaria didáctica*, que recuerda en sus tendencias anárquicas y revolucionarias el famoso prólogo del *Cromwell* de Victor Hugo, que sin duda no conoció el autor. El escaso relieve de su personalidad literaria no dió á su esfuerzo las proporciones y la influencia con que tal vez soñara. Su resonancia fué escasa y hoy sólo se le menciona porque revela un estado especial y enfermizo de la cultura intelectual de su época y porque es un libro curioso y único en los orígenes del romanticismo español. Más que la de los extranjeros, que es casi nula, se nota en este libro la influencia de los románticos castellanos y sobre todo, la de los que escribieron en el *Artista*, que tanto se dejó sentir también en los dos últimos años del *Vapor* (2).

En 1838 puede decirse que estaba ya constituida la nueva y genuina escuela poética catalana, que se desenvolvió con más lentitud que la de la Corte. Aquellos años de la cuarta década del

(1) *La cuestión regional*. Palma de Mallorca, 1899, p. 72.

(2) *Emancipación literaria didáctica* de A. Ribot. Imprenta de Oliva, 1837. Un vol. de 267 págs. en 16.º No he de insistir en el contenido de este libro estrafalario, del cual ya dió larga noticia mi Padre, que sintió también alguna vez la influencia de las poesías de su autor. *Noticia de la vida y escritos de D. Manuel Milá y Fontanals...* por D. JOAQUIN RUBÍO Y ONS. — Barcelona. Imprenta de J. Jepús, 1837. Un vol. de 192 p. en 4.º Vid. p. 43. El espíritu anárquico de Ribot se revela más que en los versos de su poética, hábilmente versificados, en el útillogo ó *cuatro palabras* al lector con que la termina. «Mi Didáctica, dice, es didáctica, pero es una didáctica que enseña á despreciar todas las didácticas, y yo soy un maestro que le aconsejo no hacer caso de los consejos; en una palabra, que le enseño de no ser enseñado».

siglo pasado, fueron un período de activísima vida intelectual, que contrasta con el anterior marasmo del triste decenio. En ellos, á vueltas de una asombrosa fecundidad editorial, se echaron todos los elementos de nuestra cultura, y nuestra ciudad comenzó á vivir la vida de un pueblo civilizado, con la restauración de nuestra Universidad, y la creación de nuestra primera biblioteca pública oficial.

Nuestros humildes emigrados literarios no tuvieron influencia alguna en la formación de esta escuela, cual la tuvo en la castellana aquella legión de escritores de París y Londres, devueltos á su patria, que entraron en la república literaria, como una falange sagrada y triunfadora, dando origen á uno de los períodos más brillantes y originales de la historia de la cultura española. Uno tras otro y sin interrupción fueron apareciendo aquellos hombres gloriosos; un día los convertidos, otro los iniciadores; primero el Duque de Rivas; después García Gutiérrez; luego Espronceda y Larra; por fin Zorrilla, el último arribado, y el astro de luz más intensa de la poesía romántica. Ellos triunfaron también en Barcelona, cual acabamos de ver, como triunfaron en toda España, y estuvieron á punto de ahogar la castiza escuela catalana; pero su victoria fué tan fácil como efímera, y no hizo más que colorear ligeramente, sin alterarlos, los trazos distintivos de nuestro romanticismo.

La monarquía espiritual de Walter Scott siguió predominando sobre la doble importación francesa y castellana, y las dos figuras que vinieron á continuar las tradiciones de independencia y de originalidad de Aribáu y Cabanyes, y que fueron dignos hermanos suyos, Milá y Piferrer, son los príncipes de nuestro romanticismo y de nuestra cultura.

Hasta ahora, desde los años de 1834 á 1838, hemos asistido en gran parte á un movimiento literario reflejo, de pura imitación, más que de asimilación honda y orgánica. Ninguno de los escritores que giraron como satélites alrededor de los astros de primera magnitud del romanticismo francés y castellano tenía virtualidad bastante para erigirse en centro de un nuevo movimiento. El romanticismo catalán había de volver á su antiguo cauce, del que le habían desviado, desde la aparición de la oda de Aribáu, las imitaciones de aquellas dos literaturas. Pero la admiración por el novelista escocés, que prendió como un fuego sacro en las almas selectísimas de Milá, de Piferrer y de Carbó, fué una admiración, como dice muy acertadamente Menéndez y

Pelayo, que compartió toda la antigua escuela catalana, que si fué escocesa en filosofía, y hasta en materias económicas, no lo fué menos en literatura.

Milá y Fontanals es, indudablemente, el jefe de la nueva escuela romántica catalana, en cuyas entrañas se engendró la *renaixença*. Nacido en el confuso linde de dos épocas distintas, poco podía pensar en sus años juveniles, cuando le aquejaba la generosa dolencia romántica, que iba á ser el iniciador de importantes direcciones en la evolución de las ideas literarias de España, y el primer crítico á la europea que ésta produjo en el pasado siglo; y que en el desbordado movimiento que alborreaba, la crítica póstuma había de señalarle el papel glorioso de caudillo y adoctrinador de las mismas huestes en que se alistaba como modesto soldado. Su educación intelectual fué más sólida y disciplinada que la de todos sus contemporáneos, su crítica la más abierta, profunda y serena. Como Cabanyes, fué durante muchos años superior á su tiempo y á su tierra. Su formación fué lenta y silenciosa, pero vigorosa y firme, como la de los árboles gigantescos, que sólo dan sombra á pueblos dignos de vivir en las alturas.

En 1838 apareció un modesto cuaderno, con el más modesto título todavía de *Algunos estudios literarios*, firmados por dos iniciales (1). No le superaban en tamaño ni en número de páginas la anónima colección titulada *Preludios de mi lira*, ni los *Ensayos poéticos* de Aribáu, y sin embargo, como antes hemos dicho, cada uno de estos tímidos ensayos señala una fase distinta é importante en los anales de nuestra escuela poética, y la aparición primera, de las tres personalidades más famosas del pasado siglo (á ellas hay que añadir además la de Piferrer), en el movimiento literario de Cataluña en castellano; Aribáu, Cabanyes y Milá y Fontanals.

En los estudios literarios del futuro cantor del *Pros Bernat*, y más quizás que en los versos en su prosa, y sobre todo en las ideas que revelan, alienta una nueva dirección y se manifiesta una originalísima personalidad. Nada más interesante, más lleno de hondo sentido que la descripción de las tres escuelas poéticas que contiene el primer estudio de la colección. Nadie diría que se trata del primer ensayo de crítica de un joven de

(1) *Algunos estudios literarios* de M. M. — Barcelona. Imprenta de Joaquín Verdaguer. — 1838. — Un folleto de 62 págs. en 8.º

diez y ocho años, que tuvo la rara fortuna de alcanzar la plena madurez intelectual, en edad en que apenas se asienta el pie inseguro sobre la tierra que se pisa. Con todo y su amor á la antigüedad clásica, nacido de su sólida educación humanística, sus simpatías todas se van tras el romanticismo. Su alma noble y suave era profundamente romántica. En la nueva dirección de las letras hallaba verdad, novedad, belleza y sentimiento que convienen más al corazón y á las letras modernas.

Milá sentía además con entusiasmo el cosmopolitismo de la musa romántica, y sigue admirado su vuelo por todas las regiones del encanto y del misterio, por todos los vergeles de la humanidad; pero no quiere la desaparición de nada que sea noble y legítimo en el arte, y entona un himno á la oda antigua, *amor de la escuela catalana*, y prez del Parnaso español, desde Fray Luis de León hasta Cabanyes. Sólo diez composiciones contiene el pequeño fascículo de los *Estudios literarios*, y de ellas únicamente cuatro en verso, todas de distinta índole. La que más nos interesa para nuestro objeto, aunque no sea la mejor, es el *Trovador del Panadés* (escrita en octavillas) por iniciarse en ella aunque tímidamente, el romanticismo regional, con su sentido histórico, y su vago anhelo de rehabilitación del alma catalana (1). *El Trovador del Panadés* abre la serie de cantores con pseudónimos locales que se alzaron después en lengua catalana en cada región á ejemplo y por impulso del *Gayter del Llobregat* (2). Con este sentimiento particularista se despertó Cataluña á la independencia literaria, como lo hizo antes á la política, con la reconquista parcial de cada condado y cada territorio, que se fueron uniendo por separado al de Barcelona. Cada poeta quiso también ser caudillo por su cuenta é iniciador de una restauración literaria local por pequeña que fuese.

(1) De tús lablos oiga amores
En el habla de tu villa,
En habla de trovadores
Te respondá yo después;
Y mi ánima abatida
Cobraré frescura y vida
Cual si la hiriese de súbito
El aura del Panadés.

Que tal vez yo cante un día
Tus recuerdos, patria mía,
Tu hablar, tus villas y ferias,
Jardines, nieblas sin fin:
Y libre de triste olvido
Tus Virgenes y tus Condes, etc.
(*Algunos estudios literarios*, pág. 28)

(2) En rigor se le anticipó D. Antonio Ribot y Fontseré que con fecha de 26 de febrero de 1837, publicó en *El Vapor* una poesía titulada *El Trovador de Laletania*. La poesía de Milá es de agosto de 1837.

El sentimiento patrio nostálgico de aquella poesía llegó dos años después á tomar en Milá, por excepción única, una forma aguda, en un romance dedicado en 1840 á la Reina gobernadora, del cual estaba su autor muy satisfecho, cuando el catalanismo alcanzó la plenitud de vida que él no esperaba. En él se lee aquella afirmación, que años después sacaba de quicio á don Juan Valera, quien no se atrevía á explicársela en varón tan discreto y mesurado y tan digno de admiración por sus extraordinarios méritos:

Del saber el alto cetro
que el catalán empuñaba,
cayó también de su diestra
al olvidarse su habla.

Al igual que de Milá sólo nos será posible tratar aquí de Piferrer, desde el punto de vista de su escasa, bien que escogidísima producción en verso, en la cual se revela todavía más intensamente que en aquél, la transición del romanticismo tradicional al renacimiento catalanista, que planteó resueltamente mi Padre.

Como pensador, como critico artístico, como historiador, como poeta, tiene su personalidad un relieve extraordinario. El profundo crítico de la escuela filosófica catalana, D. José Leopoldo Feu, concede á Martí de Eixalá, á Piferrer y á Balmes, el primer lugar entre los grandes pensadores catalanes del siglo pasado. Pocas páginas se han escrito en nuestra prensa periódica como el artículo-programa de la *Discusión* de 1847, credo á la vez del artista, del pensador y del cristiano, lleno de intuiciones asombrosas de crítica estética tan poco cultivada en España en aquellas calendas.

El culto del arte fué la pasión más intensa de Piferrer durante toda su vida. Cuando los desengaños y la penosa lucha por la existencia agotaron sus fuerzas, y segaron en flor sus esperanzas, solía decir que *sólo tenía fe en el arte*. En sus primeros años, al abrir los ojos á las ilusiones de su fantasía y tropezar al mismo tiempo con la realidad desconsoladora, se convirtió aquella pasión en tormento de su existencia. Entonces cayó en un estado enfermizo del ánimo, que sin el consuelo de sus sólidas creencias cristianas, le hubieran podido convertir en un ser semejante á aquel *Chatertón*, en el que Vigny trató de encarnar la lucha del genio con la realidad, conside-

rando su alta corona de luces como un don fatal, como una fuente de indecibles y amarguísimos tormentos espirituales. Tal se retrató á sí propio el malogrado escritor catalán, en el joven Eugenio del que tituló *Cuento fantástico*, publicado por los mismos días en que la obra de A. de Vigny tenía inmensa resonancia en Francia y abría con el ejemplo de su protagonista la serie de suicidios literarios, que se pusieron de moda por doquiera. El estado enfermizo por que pasó Piferrer, con más razón que otros,—porque la fortuna fué durísima para con él,—y al que pagó tributo casi toda aquella generación, no debió durar mucho. Su ferviente educación cristiana le salvó de sucumbir á la ponzoña del mal del siglo, á las tentaciones de aquella *Sirena*, que tan sentidamente cantó Milá, á quien su espíritu, tan casto como cauto, no le libró tampoco de sucumbir alguna vez á sus halagos.

En el espíritu de nuestro escritor la visión de la belleza artística se agrandaba de una manera mágica, confundiéndose con la admiración por lo pasado, con el sentimiento de la naturaleza y con el amor á las costumbres populares, y traduciéndose en una inspiración poética, no diré sombría, pero si llena de vaguedades y misterios. Sus descripciones artísticas no caben en el cuadro de las enumeraciones técnicas, sino que se colorean á menudo con las formas de la leyenda, iluminándose á la vez con la luz de la historia y de la poesía. Así, por ejemplo, en el primer volumen de la monumental obra *Recuerdos y bellezas de España*, dedicado á Cataluña, una de las que haya ejercido mayor influencia en el despertamiento de la conciencia catalana, interrumpen la relación histórica y artística, para prestarles como un soplo vivificante del genio de la tierra, fantasías tan animadas como la *Romería á Montserrat* y la leyenda del *Conde fratricida*, ó aquella especie de vibrante oda á la patria, en prosa, con que se despide de sus lectores al terminar dicho volumen.

Tuvo, como López Soler, el culto romántico de las ruinas; pero no fué en él un tópico literario, sino un sentimiento arraigado por funestas realidades, que avivaron en su corazón el amor de lo pasado, dando á su pluma una nota elegíaca conmovedora. La revolución había pasado como un soplo de muerte por los monumentos artísticos y por el campo de nuestras tradiciones, deshojando la más rica corona del pueblo catalán, sin que nuevas flores las reemplazaran y embalsamaran la vida. A

Piferrer le cupo la triste suerte de hacer muchas veces, más que el inventario glorioso de las *Bellezas y recuerdos* de España, el de los destrozados restos de una de esas maravillosas herencias artísticas, que son el orgullo y la grandeza de los pueblos, y que ni con el oro, ni con el poder, ni aun con el progreso pueden improvisar las naciones más adelantadas. Hubiera podido decir de su obra, lo que Chateaubriand: «Ce fut au milieu des débris de nos temples que je publiais le *Génie du Christianisme*».

Pero en ningún aspecto de su personalidad artística se grabó con tanta fuerza su genio original y vigoroso como en su inspiración poética, alimentada por la savia de la humilde musa del pueblo, y de la leyendaria anglo sajona.

Los dioses mayores del romanticismo catalán, Walter Scott (1), Schiller, Goethe, y Ossian y los sonos del arpa de los cantos populares, fueron los que alimentaron también su númen, que, como el de Herder, comprendió todo el inmenso fondo de poesía que la nacionalidad atesora. Así brotaron de su inspiración, tiernas y vibrantes unas veces, sombrías y soñadoras otras, aquellas admirables joyas poéticas, que pueden contarse con los dedos, pero cada una de las cuales sería orgullo y prez de un cantor escogido.

Esas joyas llevan los títulos de *Alina y el Genio*, *El ermitaño de Montserrat*, *Retorno de la feria*, *La cascada y la campana*, y *La canción de la primavera*. De esta última ha dicho, mi doctísimo y muy querido amigo colombiano, D. Antonio Gómez Restrepo, que es una dulcísima balada, de forma nueva en nuestra literatura y digna de cualquier gran poeta germánico (2). Las *baladas* de Piferrer, publicadas por Milá con un caluroso y sobrio elogio que hace inútil el nuestro (3), debían formar parte de una serie que andaban en la mente del poeta, y, como decía también Llausàs, el primero que llamó sobre ellas la atención, *por la novedad del género en España* y por su valor, habían de ser el broche de oro de su corona artística (4). Siguiendo la inspiración germánica, sobre todo la de Uhland, que prestó oído atento á las tradiciones

(1) Piferrer publicó en 1843 una traducción de *El canto del último trovador*, poema en seis cantos de W. Scott.

(2) *La Revista*, Bogotá: núm. 1, pág. 17 (15 julio 1909).

(3) *Composiciones poéticas* de D. PABLO PIFERRER, D. JUAN FRANCISCO CARRÓ y DON JOSÉ SEMIS Y MENSA. Barcelona, 1851, págs. 3 á 98.

(4) *Cuaderno de poesías y escritos en prosa*.... de D. JOSÉ LLAUSÀS Y MATA. Barcelona. Imprenta de Gorchs, 1850.

de su país, procuraba dar Piferrer á sus poesías, basadas en un sencillo tema, una ingenuidad popular, intencional y esmerada, que así y todo seduce y enamora. Es una sencillez aristocrática y suave, distinta de la noble y arrogante apostura que toma por punto general la vieja y austera musa castellana, cuya forma del romance, como casi todos los poetas de aquella generación, que tanta admiración sentían por la poesía nacional, manejaba con suma habilidad, no libre de cierta desagradable afectación en los romances en antigua *fabla*, como, pongo por caso, el de *la reyna Isabela*.

La publicación de las poesías del autor de las *Bellezas y Recuerdos de España* coincidió casi con la aparición de las magistrales baladas de Carbó, otro de los *varones amados por los dioses* de nuestra escuela regional. No era nueva la balada en nuestras letras: en prosa y en verso la habían ensayado los ilustres escritores que acabamos de citar, y otros que siguieron sus huellas. Mas ninguno había nacido con tan especiales aptitudes para tan difícil género como aquel modesto joven, consagrado al magisterio de las primeras letras, que nacido accidentalmente en Venezuela, había de ser, más tarde, compañero literario y deudo del insigne Milá y Fontanals. Solo cuatro joyas de dicha clase nos legó el dulce vate, que hubieran sido acompañadas de otras más extensas y quizás más valiosas, á no haberle atajado la muerte en su camino, cuando comenzaban las musas á ceñir sus sienes con flores de inmortalidad.

Las baladas de Carbó se distinguen por una concisión soberana, por una ternura encantadora, y por ese aire de aristocrática sencillez que hemos admirado en composiciones semejantes de Piferrer. Cuatro diestras pinceladas le bastan para esbozar un argumento ó una situación interesantes, que en manos de muchos poetas románticos de su época se hubieran convertido en una leyenda aparatosa y difusa. El perfume del romancero castellano, conservado con sin igual delicadeza, se confunde con las brisas y las nieblas misteriosas del septentrión, y se esparce á través de *los montes altos* y *de los claros ríos* de la tierra catalana. ¡Qué dulce melancolía respira la narración de aquel amor segado en flor por la muerte, de la balada de Guillem y Rosa-florida, efímero cual las rosas cantadas por Calderón, que en un botón tuvieron su cuna y su sepulcro! ¡Qué dramática y suave á la vez, la leyenda de las dos hermanas, quizás la joya de la pequeña colección! ¡Cómo se siente el trotar del negro

corcel del *Compte l'Arnau* entre roncós truenos y siniestras líneas de fuego, en la veloz carrera nocturna de aquel noble Galcerán, robador de doncellas, que no debía volver á ver sus torres de Villalba!

*
* *

Las composiciones de los escritores que acabamos de mencionar muestran todas un sello característico y distintivo, que hace que no puedan confundirse con la restante producción poética de nuestra tierra y de fuera de ella, y esos mismos escritores han sido los primeros, los únicos y hasta ahora los últimos representantes en Cataluña, de una verdadera escuela literaria castellana. Este sello característico encerraba la causa y razón de su vitalidad y al mismo tiempo el germen de su ruina. La poesía volvía á ser catalana, no por la lengua, como en los tiempos pasados, sino por los asuntos, por sus nombres locales, por los recuerdos, por los sentimientos, por su sabor del terruño, y hasta por ciertas expresiones y formas y giros, y en una palabra, por cierto estilo propio, que indicaban una manera distinta de sentir el medio de expresión adoptado, que no sonaba entonces, ni en general suena bien todavía, á oídos castellanos, dificultando su íntima comprensión, y como lógica consecuencia, la incorporación de aquel rico acerbo de inspiración y fantasía, á la literatura general española. Todo ello le comunicaba como un aire exótico y advenedizo, que produjo primero, su aislamiento, y á la postre la bancarrota fatal de toda una escuela literaria. Una época entera y gloriosa de producción, la única en que la lírica castellana tiene en Cataluña algún valor propio y original, no había convencido á los críticos castellanos de las aptitudes estéticas de nuestros escritores para el cultivo de la literatura nacional. «Yo no quisiera equivocarme, decía don Juan Valera (1), pero lo mismo en los versos de Cabanyes, que en los de Piferrer, Carbó y otros, me parece advertir cierta dificultad que, si bien vencida y si bien prestándoles *originalidad* y *concisión poco frecuentes en los versos castellanos*, les presta también alguna sequedad y dureza».

Otra vez, como en los días de Boscán, quedaba malogrado

(1) *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*. Tomo V. Madrid, 1904, pág. 135.

un esfuerzo heroico de asimilación de toda una generación ilustre, que amaba la lengua de Castilla con veneración y entusiasmo; que ponía un cuidado extremo en no caer en el menor catalanismo, ó en evitar un giro poco castizo; que no comprendía otra lengua literaria nacional que la castellana; ni concebía el catalán poético, sino como una lengua convencional, una especie de provenzal ó lemosin, muy apartado del hablar común. Ahí estaban de nuevo para advertirles su fracaso los principes de las letras castellanas, dispuestos siempre, como con Boscán lo hiciera Herrera, á tentarles *su mal compuesto traje*, para sorprender debajo de él su fisonomía catalana. De esta prueba no se escapaban ni los prosistas, ni los poetas. Capmany, llamado con mucha razón por M. S. Oliver, el campeón del purismo, que había dado por muerta para las letras su lengua materna, no logró convencer de sus aptitudes de escritor á Quintana, ni á Alcalá Galiano. De él decía este último en su *Historia de la literatura europea en el siglo XVIII*..... «Siendo catalán y habiendo aprendido á hablar y aun á escribir *en su dialecto lemosino*, manejaba en cierto modo como extranjero el lenguaje castellano».

Cabanyes encontraba en Hermosilla una fria acogida por idéntico motivo; y él mismo salía antes al paso á las objeciones que pudieran hacerle, encareciendo «las dificultades que un catalán ha de vencer para escribir en una lengua cuyo estudio le es tan costoso, como el de cualquier idioma extranjero» (1). Podríamos extender este hecho á otros escritores catalanes. El insigne Valera me había manifestado en alguna ocasión, que prefería leer á Balmes en francés que en castellano.

Esta inferioridad colectiva en el manejo del idioma, que no excluye la existencia de muy señaladas excepciones individuales, que sin duda todos tenéis presentes, aun se ve más de relieve cuando se trata de escritores catalanes bilingües, en quienes la comparación en el empleo de ambas lenguas se impone al momento *á fortiori*. Las premiosas y frias poesías castellanas de Milá están muy lejos de mostrar todo el precioso tesoro poético de su alma, que sólo se reveló más tarde en su edad madura, cuando el habla materna le comunicó los secretos de ternura y de inspiración que nunca niega á sus hijos elegidos. Como

(1) *Preludios de mi lira*.—Advertencia, pág. 4.

manifestaba en cierta ocasión á D. Juan Valera, el selectísimo Costa y Llovera,—de quien tuve la fortuna de ser en Barcelona entre la juventud de la época de mis estudios el primer amigo y admirador—con ser tan reducido el territorio de nuestro lenguaje regional, sus poesías catalanas han sido mucho más leídas y gustadas que sus *Líricas*, compuestas en la extensísima lengua castellana (1). Mas á pesar del mérito indisputable de estas últimas que aquel amenísimo crítico ponía al lado, sino por cima de las robustas inspiraciones del autor de los *Gritos del combate*, otro crítico no menos autorizado, honor de nuestra raza en la América española, de la que ha sido una de las más altas ilustraciones, el insigne colombiano D. Miguel Antonio Caro, todavía consideraba muy superiores á aquellas las poesías del vate mallorquin escritas en su materna lengua (2).

En esfera mucho más modesta acabáis de ver repetido el ejemplo, en el juicio que los ensayos poéticos castellanos de mi Padre han merecido al Sr. Jordán de Urries. En sus versos catalanes, dice, hay más calor; son más sentidos; son superiores á los castellanos, y no parece *sino que sólo en catalán cantara lo que más hondamente hería su corazón*. El recuerdo del Llobregat le acompañó y consoló como un suave bálsamo, durante su prolongada ausencia del terruño nativo, á orillas del Pisuerga, en las que todos los años cogía las flores de su inspiración solitaria y afligida. Las musas del amor y la añoranza vinieron á visitarle, y arrancaron de su alma en su lengua materna, las notas más vibrantes de su larga carrera poética. Sus versos catalanes son también su única producción poética que de él ha sobrevivido en nuestra historia literaria, y la que miró siempre el autor de mis días con mayor ternura y predilección, dándola á luz por tres veces consecutivas, que, sólo mientras como una ilusión senil, alimentó tal vez la de publicar en su vejez sus más escogidas producciones castellanas.

No es de extrañar, pues, tras de tantas prevenciones y celos, más ó menos justificados, que con todo y su valor real y positivo, no tuviera esta escuela escogida,—cuyos más excelsos

(1) *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*, pág. 136.

(2) En carta de 21 enero de 1889, me decía el ilustre D. Miguel Antonio Caro lo siguiente : «he saboreado las poesías de Costa, pareciéndome las catalanas, muy superiores, mucho, á las castellanas».

representantes han desfilado ante vuestra vista torpemente evocados por mi pluma—la menor resonancia ni eficacia en su época, fuera de nuestro suelo. Fué como un oasis en la poesía verbalista que privó en España en los días del romanticismo, y que por desgracia, aunque no en tanto grado, perdura todavía. Pasó inadvertida entonces, como desatendida quedó luego también por buena parte de los próceres de las letras castellanas, la selecta producción en la lengua nacional de los Quadrado y Tomás Aguiló, de los Vicente W. Querol y Llorente, de los Costa y Llobera y Juan Alcover, y otros no menos escogidos.

Hubieron al fin de convencerse los escritores catalanes, de que habían de hallar más fácil expresión para sus sentimientos y pensamientos en el habla materna que en la de Castilla (1). La natural aspiración á una autonomía literaria no ha sido, en ellos, pues, hija de una prevención injustificada, de soberbia regional, de tenaz rebeldía; no ha sido, en una palabra, una tendencia artificiosa de *filibusterismo* intelectual, sino fruto de un desencanto, de una bancarrota fatal, de que unos y otros somos fautores inconscientes. Esta y no otra es, en el fondo, la razón y la explicación del catalanismo literario. Hace ya algunos años que Menéndez y Pelayo reconoció este hecho, en un elocuentísimo discurso, que sería insigne torpeza no recordar en este alegato, en favor de las ventajas del empleo de nuestra lengua como palabra artística, alegato en el que es mejor calle nuestra voz, que pudiera parecer á la vez apasionada y parcial. «La Historia nos enseña, exclamaba, que en el larguísimo periodo de más de tres siglos en que los Catalanes dejaron de cultivar su patrio idioma; en el larguísimo periodo que vá desde Boscán hasta Cabanyes y Piferrer, ni un solo poeta de primer orden, ni á duras penas de segundo, nació en esta tierra catalana, y por el contrario, en cuanto renació la lengua, rebrotó con ella el sentimiento poético, de la misma manera que se pueblan los bosques de pájaros cantores, al sentir el tibio y amoroso aliento de la primavera (2).»

Este misterioso y vago anhelar de almas desterradas que buscan angustiosas su propio hogar espiritual, estaba latente,

(1) Una cosa parecida viene á decir Valera en su *Florilegio* citado, tomo V. pág. 135.

(2) *Jochs Florals de Barcelona*. Any XXX de llur restauració. MDCCCLXXXVIII, Barcelona.— Estampa *La Renaixensa*.— 1888.— Discurs de gracies de D. Marcellí Menéndez y Pelayo. pág. 261. El discurso fué escrito y leído en catalán.

como acabamos de ver, hasta en los mismos literatos que menos confianza tenían en el retorno á la lengua patria. Estaba latente en los mismos desahogos que se escapaban *ab immo pectore*, de escritores tan reflexivos y poco apasionados como Milá y Fontanals. Estaba latente en el romanticismo tradicional y popular de Piferrer y de Carbó, y sobre todo en los fervorosos entusiasmos estético-históricos del autor de los *Recuerdos y Bellezas*, que por otro lado juzgaba nuestra lengua como inadecuada para tratar asuntos elevados. Estaba latente en aquel poético resurgir de la tierra catalana, que la vara mágica del romanticismo había transformado en región de ensueños y de dulcísimas memorias. Sus sierras desiguales y su viejo Montseny se presentaban con nuevo encanto desde que Aribáu los poetizara en un soberbio arranque lírico; las auras del Panadés despertaban la fantasía de Milá; el Montserrat se convertía en la montaña sagrada y *pairal* de los catalanes, y al conjuro de Piferrer, sus agudos cerros y profundas hondonadas, se llenaban de misteriosas leyendas y tradiciones: los nombres del Llobregat y de otros ríos de Cataluña cobraban también prestigio inusitado, y pronto había de surgir de cada uno de ellos, un juglar ó un trovador, que cual su númen tutelar, había de evocar asimismo sus bellezas y sus recuerdos.

Todo cobraba nueva vida; todo renacía en su presente ó en su pasado; todo, menos la lengua, que yacía en un total descrédito ó interdicción literaria. Nadie tenía confianza en la eficacia estética del idioma regional, que desposeído de sus laureles apolíneos, hacia siglos que no era oráculo del saber, ni de la belleza. Ennoblecíase la tierra con sus recuerdos históricos ó sus maravillas naturales; pero el idioma tenía que luchar con su aplebeyamiento ó funestas tradiciones de escuela. Capmany consideraba perdido el pleito de la nacionalidad literaria de Cataluña, y lo mismo pensaban Milá, Aribáu, Piferrer y Quadrado, en cuya *Palma* se daban como inhábiles é inadecuadas para la literatura, todas las lenguas regionales de la península.

Sólo mi Padre tuvo confianza en su vitalidad y en su porvenir, y sólo, con sus débiles fuerzas, luchando con inveteradas preocupaciones y quizás con el ridículo, se atrevió á acometer empresa tan arriesgada. Mi Padre fué el único de aquella generación que levantó con valentía la bandera de la independencia literaria de Cataluña, en el prólogo de su *Gayter*, que es todo.

un manifiesto de nuevas orientaciones y una de las páginas más curiosas y vibrantes de la historia de nuestro Renacimiento. El convencionalismo romántico exigía que el poeta se presentara disfrazado de trovador, y que la tradición poética catalana anduviera mezclada con la provenzal. ¿Quién, de otra suerte, había de reconocer la palaciana y severa lengua de nuestros reyes, de nuestros poetas, de nuestros cronistas y de nuestros códigos de mar, en aquella pobre *Cenicienta*, empleada únicamente en los usos más prosaicos de la vida? Pero bajo la apostura de aquel humilde y juvenil juglar, que en su modestia no se atrevió siquiera á ceñir la gorra trovadoresca con la áurea cigarra, se encerraba el alma fervorosa de un tenaz propagandista, que debía predicar el evangelio de nuestra lengua á las nuevas generaciones, y hacer posible, con su ejemplo, como ha dicho el Sr. Jordán de Urries, que brillaran un día los Verdaguer, los Guimerá y los Maragall en el cielo de la poesía catalana, devuelta á su vigor, á su originalidad y á su lozanía.

Los cantos del *Gayter* fueron semillas de fácil germinación en tierras bien dispuestas, centellas mágicas que prendieron oculta y aisladamente de corazón en corazón, en un pueblo ya preparado por un conjunto de aspiraciones que flotaban en la atmósfera moral de Cataluña. La crítica contemporánea no le regateó sus méritos de iniciador consciente del Renacimiento literario catalán. Pero tras de aquel astro de suaves fulgores, surgieron otros de luz más brillante y deslumbradora, y cuando el árbol se cubrió de flores y frutos, fué bien pronto olvidado el heroico esfuerzo del modesto obrero que madrugó á plantarle, antes de que asomara la nueva aurora. Mi amigo fraternal, Menéndez y Pelayo, en un acto y en un discurso memorables, se quejó de esta ingratitud de su patria para con aquel noble hijo suyo, que trabajó con más constancia y propósito deliberado que ningún otro en la restauración de una lengua y de una literatura menospreciadas, y ahora, otro compañero nuestro de letras, no nacido tampoco en nuestra tierra, viene á recordar á Cataluña la deuda de gratitud que con él tiene contraída. Yo desde este momento la contraigo también, y muy honda y muy sincera, con mi noble amigo, por el [tributo de justicia, que con hidalga franqueza aragonesa, paga á la vez á mi Padre, y al primer paladín del catalanismo literario. Justo es, pues, que en el abrazo de compañerismo, con que hoy le

doy la bienvenida por su merecido ingreso en esta histórica Academia, se mezclen y confundan el profundo reconocimiento del hijo, en cuyo corazón ha renovado tan dulces memorias del hogar y del venerado autor de sus días, y el del catalán, amante como el que más, de nuestra tierra y de nuestras glorias.
